

Amalia Domingo Soler

REPLICAS



Extracto de “El espiritismo refutando los errores del catolicismo romano”

INDICE

Comparaciones

¿Qué es el Espiritismo?

Un voto de gracias

Aclaraciones

Vuelta a empezar

Vamos siguiendo

Explicaciones

Con los ojos cerrados

Comparaciones

El Diario de Barcelona correspondiente al 17 de agosto de 1877 copia un artículo del The Standard y se comprende que al copiarlo. Se hace solidario de las ideas del colega británico. El artículo en cuestión lleva por epígrafe: El mundo de Los espíritus con una llamada que dice: Home, Luz y Sombra del Espiritismo, 1.877.

No es nuestro ánimo hablar sobre el citado libro espiritista porque no lo hemos leído únicamente haremos algunas reflexiones sobre uno de los últimos párrafos escrito en sentido crítico que es digno de ser leído y comentado.

Dice así: "Practicados como él los practica (M. Home), estos artificios se convierten (así quiere que lo creamos) en grandes y nobles servidores de la virtud y la religión dignos de toda protección por parte de los filósofos y cristianos, pero, a nuestro modo de ver ciertamente, según este libro lo atestigua, no existen términos hábiles para que ni cristianos ni filósofos les concedan ninguna clase de protección. Sean lo que quieren los fenómenos realizados delante de M. Home. o Serjeant Cox, explicables e inexplicables, lo que el sentido común reclama y tiene derecho de reclamar; antes de otorgar crédito a una MONSTRUOSIDAD COMO EL ESPIRITISMO, es la respuesta a las siguientes preguntas:

¿Qué utilidad y ventajas pueden producir esas manifestaciones y maravillas? ¿Ha habido algún hombre que a causa de ellas se haya hecho mejor; más prudente o más veraz? ¿Se ha hecho algún descubrimiento; se ha realizado alguna predicción; se ha efectuado una mera curación; ha salido un rayo de Luz de entre las tinieblas, que no haya podido con facilidad ser obra de un par de charlatanes o brujos de una sala de prestidigitación?

“A preguntas como estas no es posible replicar sino con una absoluta negativa, que de una vez y para siempre arroje todo el sistema al abismo de los frívolos y perversos engaños. Ni aprovecha al género humano en este mundo, ni ofrece provecho alguno en el otro. Por el contrario, la eternidad al otro lado de la tumba aparece espantosa”.

Este párrafo requiere no una contestación de nuestra débil pluma, sino las concluyentes argumentaciones de Allan Kardec que anticipadamente ha contestado a todas las escuelas que creyeran que el Espiritismo era una monstruosidad.

Escuchemos lo que dice el maestro, entiéndase bien que le llamamos el maestro, no el pontífice, porque los espiritistas no le concedemos a nadie el pontificado en el sentido que a esa palabra le quieren dar. Después de Dios, no reconocemos más pontificado que el de la ciencia y la razón; y Allan Kardec era un hombre razonable por excelencia. Hablando del principio espiritual en su libro La Génesis (capítulo XI, Génesis espiritual, Principio espiritual, N° 2, 3, 4, 7. 8 Y 9) dice 10 que sigue:

2. “EL principio espiritual es el corolario de La existencia de Dios; sin este principio, no tendría Dios razón de ser; porque no se concebiría el soberano poder ni la infinita inteligencia, reinando eternamente sobre la materia bruta, del mismo modo que no se comprendería un soberano terrestre ejerciendo su reinado sobre las piedras. Y como no se puede comprender a Dios sin los atributos esenciales de la divinidad entre los cuales

descuellan: La justicia y La bondad, estos carecerían de objeto si sólo hubiesen de ejercitarse sobre la materia”.

3. “Por otra parte, no podría concebirse un Dios justo y bueno en sumo grado, creando siempre seres inteligentes y sensibles para reducirlos a la nada después de algunos instantes de sufrimientos sin compensación; recreando su vista en esta sucesión indefinida de seres que nacen sin haberlo solicitado, que piensan un instante para no conocer más que el dolor, y que se disipan para siempre después de una existencia efímera”.

“Sin la supervivencia del ser inteligente, los sufrimientos de la vida serian de parte de Dios, una crueldad sin objeto. Por eso el materialismo y el ateísmo son corolarios recíprocos: Negando la Causa se niega el efecto y negando el efecto no puede admitirse la causa. El materialismo es pues consecuente consigo mismo, ya que no lo es con la razón”.

4. “La idea de la perpetuidad del ser espiritual es innata en el hombre; está en él como una intuición y una aspiración; comprende que en eso está la verdadera compensación de las miserias de la vida y por lo mismo ha habido y habrá siempre más espiritualistas que materialistas y más deístas que ateos”.

“A la idea intuitiva y a la fuerza del razonamiento, añade el Espiritismo la sanción de los hechos, la prueba material de la existencia del ser espiritual, de su supervivencia, de su inmortalidad y de su individualidad; precisa y define lo que este pensamiento tenia de vago y de abstracto y nos muestra al ser inteligente en acción independiente de la materia, sea después, sea durante la vida del cuerpo”.

7. “Todos Los espíritus tienen un mismo punto de partida, todos son creados simples e ignorantes con igual aptitud para progresar mediante su actividad individual, que todos han de alcanzar el grado de perfección compatible con la criatura por sus esfuerzos personales; que siendo todos hijos de un mismo padre, son objeto de igual cariño; que no hay ninguno más favorecido o mejor dotado que los otros, ni dispensado del trabajo impuesto a los demás para lograr su objeto”.

8. “Al mismo tiempo que Dios ha creado mundos materiales de toda eternidad, ha creado de toda eternidad también seres espirituales, sin lo cual los mundos materiales no hubiesen tenido objeto. Se concebirían mejor los seres espirituales, sin los mundos materiales que éstos sin aquéllos. Son Los mundos materiales los que deben suministrar a los seres espirituales elementos de actividad para el desarrollo de su inteligencia”.

9. "El progreso es la condición normal de los seres espirituales y la perfección relativa al objeto que deben alcanzar; mas habiendo creado Dios de toda eternidad y creando sin cesar espíritus de toda eternidad también los ha de haber que hayan alcanzado el punto culminante de la escala".

“Antes que la Tierra fuese, unos mundos habían sucedido a otros mundos, y cuando la Tierra salió del caos de los elementos, el espacio estaba poblado de seres espirituales en todos los grados de adelantamiento, desde, los que nacen a la vida, hasta los que de toda eternidad habían llegado a la categoría de espíritus puros vulgarmente llamados Ángeles”.

Ahora preguntamos nosotros a las personas sensatas: ¿Qué monstruosidad encierran, las líneas anteriores? ¿Dónde está esa eternidad espantosa? ¿En el progreso indefinido de los espíritus? ¿En esa vida infinita susceptible de todos los adelantos y de todas las perfecciones? ¿Qué eleva más al espíritu? ¿La creencia en una fatalidad implacable o en una casualidad, inconsciente o la certeza de que ha sido creado para ser un sacerdote del progreso? Las criaturas que nacen en una cárcel o en un hospital que pasan su infancia en un asilo, la juventud en el pillaje, la edad madura en un presidio y la vejez pidiendo una limosna, ¿Qué idea se formarán de Dios no teniendo la más leve noción de la eternidad? Si crean en su mente ese fantasma será para imprecarle, porque tienen derecho para decir: ¿Antes de nacer que crimen cometí, para venir a ver la luz entre leprosos o entre criminales?

En cambio conociendo la monstruosidad del Espiritismo se sabe muy bien que en Dios no hay injusticia que somos, lo que hemos querido ser. Esto que a muchos seres nos mortifica muchísimo de una manera extraordinaria es quizás, y sin quizá, el tormento mayor que tiene el hombre.

¡OH! es horrible llegar a conocerse uno a sí mismo, porque siempre tratamos de decir:

Me indujeron.

Me aconsejaron.

Me dominó la pasión.

Pero con el Espiritismo no hay subterfugios que valgan. Uno se ve tal cual es; y no hay nada más triste que contemplarse uno a sí mismo. Esa humillación íntima es el infierno del hombre.

Hay algunas personas (las menos, desgraciadamente), cuya existencia tranquila, deslizada en el estricto cumplimiento de sus deberes, como por ejemplo la mujer que se casa joven y consagra su vida a su marido y a sus hijos, y crea una familia virtuosa para esa mujer que no ha salido del santuario del hogar doméstico, no puede repugnarle su presente, ni asustarle su porvenir y debe sonreír ante su pasado, si recuerda las sabias palabras de San Agustín: “A cada uno según sus obras”.

Dicen que utilidad y que ventajas pueden producir las manifestaciones maravillosas de los espíritus. Producen la de fijar nuestra incierta atención, que no bastándole al hombre su propia razón, le hacen falta efectos de relumbrón: necesita mirar como los niños un juguete para conseguir que se esté quieto e hiriendo vivamente su imaginación se despierta su curiosidad.

Tanta es nuestra Inferioridad moral. Que necesitamos que empleen con nosotros los mismos medios que con los salvajes, que se les atrae enseñándoles baratijas; y a nosotros nos han hecho reparar los espíritus en la danza de las mesas, en los ruidos inusitados, en el movimiento de todos los muebles y otras mil manifestaciones sin consecuencia, para venir a decirnos al fin que la vida del hombre era infinita, que el criminal con el transcurso de los siglos sería un apóstol de Cristo y que éramos dueños de nuestro porvenir.

¿Quién diría que aquel fútil entretenimiento daría por resultado el que pusiéramos en práctica lo que hace tantos siglos nos aconsejó el filósofo diciéndonos: Conócete a ti mismo?

Dicen que si a causa de las demostraciones espirituales ha habido algún hombre que se haya hecho mejor más prudente y más veraz, nuestros contrarios dicen que ninguno. ¡Asegurar es...! En cambio nosotros podemos afirmar que centenares y millones de hombres han mejorado sus costumbres: No convirtiéndose en santos ni en fanáticos, haciendo ridiculeces y confesiones declamatorias, no; pero si mejorando su proceder en el silencio y en la oscuridad, en el seno de la familia, en la intimidad del hogar, allí hemos visto abrirse lentamente la modesta violeta de la virtud, y la tierna sensitiva del amor.

Quizá por un misterio que nuestra inteligencia no comprende, los hombres llamados a figurar en el Espiritismo (y en todas las grandes escuelas filosóficas) no reúnen algunos de ellos, todas las condiciones apetecibles de la perfección relativa a este planeta; difunden la luz y suelen vivir ellos a oscuras, efecto sin duda del gran desnivel que existe entre su adelanto intelectual y su comprensión moral. Más, por esto, el ideal no se pierde. ¿Qué es un hombre? ¿Qué son centenares de criaturas? ¿Qué es, en fin una generación entera para derribar una filosofía basada en la razón y en la moral más pura?

Menos que una gota de rocío luchando con el océano. Además que el Espiritismo no pretende santificar a la humanidad, únicamente desea presentarle al hombre la prueba irrecusable de la eternidad de su vida y necio fuera creer que criminales endurecidos, como somos nosotros (que así lo atestigua nuestra estancia en la Tierra), nos pudiéramos regenerar en un segundo; lo único que se puede conseguir en el breve plazo de una existencia, aunque esta dure un siglo, es modificarse, perder un poco nuestro orgullo íntimo, y mirar con noble envidia, no a los ricos, ni a los potentados de la Tierra, sino a los humildes, a esa caterva de seres que viven oscurecidos practicando en el rincón de su casa las más grandes virtudes. Si contemplando a una mujer del pueblo, admirando su laboriosidad, su sensatez y su gran corazón, murmuramos con melancolía, ¡Quién fuera como ella! Ya hemos dado un paso, reconociendo nuestra inferioridad.

El Espiritismo si no consigue hacernos practicar la virtud, nos manifiesta claramente que sólo el bien, produce el bien. ¿Y se cree que esto no es una ventaja positiva, de resultados altamente trascendentales?

Viviendo el hombre en la profunda convicción, que él es arbitro de su destino, si había de cometer cien crímenes, evitará llevar a cabo cincuenta y los restantes que cometa despertarán en él grandes remordimientos, y más vale algo que nada.

Dicen que si se ha realizado alguna predicción hecha por los espíritus. Téngase muy en cuenta que la misión del Espiritismo no es darnos augures, ni oráculos, ni sibilas; por consiguiente no necesita cumplirse ninguna predicción, porque los espíritus no se entretienen hoy por hoy en decirnos la buenaventura, únicamente nos aconsejan que seamos buenos. Siempre nos dicen lo mismo porque es lo que realmente nos hace más falta; buenos consejos para salir de este círculo de hierro que nuestro triste ayer nos ha trazado.

Dicen que por el Espiritismo no se ha efectuado ni una mera curación. ¡Decir es! Cuando el Espiritismo le ha servido de poderoso aliado al magnetismo, y se ha estudiado la ley de los fluidos con notable aprovechamiento, con verdadero conocimiento de causa, y el charlatanismo tiene que doblar su cabeza ante la irrefutable verdad de los hechos. Veamos lo que sobre el fluido universal nos dice Allan Kardec, en su libro La Génesis (capítulo XIV, Los fluidos, Explicación de algunos hechos tenidos por sobrenaturales, 31, 32, 33 y 34):

31. “El fluido universal es como se ha visto, el elemento primitivo del cuerpo carnal y del periespíritu, los cuales no son sino transformaciones del mismo.

Este fluido por la identidad de su naturaleza, puede suministrar al cuerpo los elementos reparadores de que tenga necesidad. Estando condensado en el periespíritu, el agente propulsor en el espíritu encarnado o no, que infiltra en un cuerpo deteriorado una parte de la sustancia de su envoltura fluídica. La curación se verifica por la sustitución de una molécula sana por otra enferma. La potencia curativa será pues, proporcional a la pureza de la sustancia inoculada; depende además de la energía de la voluntad que provoca una emisión fluídica más abundante y da al fluido mayor agudeza o fuerza de penetración y en fin de las intenciones que animan al que desea curar; sea hombre o espíritu. Los fluidos que emanan de una fuente impura, son como sustancias medicinales alteradas”.

32. “Los efectos de la acción fluídica sobre los enfermos son extremadamente variados según las circunstancias: esta acción es a veces lenta y reclama un tratamiento sostenido, como es el magnetismo ordinario; otras es rápida como una corriente eléctrica. Hay personas dotadas de un poder tal, que obtienen en ciertos enfermos “curaciones instantáneas con sólo imponerles las manos y aún por el sólo acto de la voluntad. Entre los dos extremos de esta facultad hay matices variados hasta el infinito”.

“Todas Las curaciones de este género son variedades del magnetismo y no se diferencian sino por la potencia y la prontitud de la acción. El principio es constantemente el mismo; es el fluido que representa el papel de agente terapéutico, y cuyo efecto está subordinado a su cualidad y circunstancias especiales”.

33.”La acción magnética puede producirse de varias maneras:

1. Por el fluido mismo del magnetizador; en este caso, es el magnetismo propiamente dicho, o sea magnetismo humano, cuya acción está subordinada a la potencia y sobre todo a la calidad del fluido.
2. Por el fluido de los espíritus que obra directamente y sin intermediarios sobre un encarnado, ya para calmar o curar un padecimiento, ya para provocar el sueño sonambúlico espontáneo, ya para ejercer sobre el individuo una influencia física o moral cualquiera. Este es el magnetismo espiritual, cuya calidad está en relación con las cualidades del espíritu.
3. Por el fluido que los espíritus emiten sobre el magnetizador; al cual este sirve de conductor. Este es el magnetismo mixto semi-espiritual o si se quiere humano-espiritual. EL fluido espiritual, combinado con el fluido humano, da a este último las cualidades que le faltan. El concurso de los espíritus en tal caso, es a veces espontáneo,

pero las más de las veces es provocado por la evocación o llamamiento del magnetizador”.

34. “La facultad de curar por el influjo; fluídico es muy común y puede desarrollarse por el ejercicio; pero la de curar instantáneamente por la imposición de las manos es muy rara, y su apogeo puede considerarse como excepcional; no obstante, se han visto en diversas épocas y en casi todos los pueblos, individuos que la han poseído en grado eminente. En estos últimos tiempos se han visto varios ejemplos notables cuya autenticidad es incuestionable.

Puesto que esta clase de curaciones tienen por fundamento un principio natural y que el poder de hacerlas no es un privilegio, es que no salen de las leyes naturales y no tienen nada de milagrosas, sino en la apariencia”.

Ciertamente que existen estos Médiums poderosos, hemos tenido la fortuna de conocer a varios, entre ellos a uno cuya voluntad convertida en potencia, ha dado la salud instantáneamente a muchos enfermos, sin que por esto creamos que el tal médium sea un santo bajado del cielo.

Nosotros no le damos a nada ni a nadie un tinte mágico ni un carácter milagroso: aceptamos todos los efectos como sencillas demostraciones de las leyes naturales y es indisputable que el Espiritismo con sus manifestaciones ha hecho pensar a muchos en lo que nunca habían pensado y han desarrollado condiciones que ellos ignoraban.

Que esto haya dado lugar a supercherías y engaños no implica nada en contra del Espiritismo que como dice Allan Kardec sobre los caracteres de los milagros:

“De que el Espiritismo admita los efectos que son consecuencia de la existencia del alma no se deduce que acepte todos los efectos calificados como maravillosos ni que trate de justificarlos y acreditarlos; que se haga campeón de todos los soñadores de todas las utopías de todas las excentricidades sistemáticas de todos los romances y leyendas milagrosas. Es preciso conocerle poco para juzgarlo así.

Sus adversarios creen oponerle algún argumento irrefutable cuando después de haber hecho muy eruditas investigaciones sobre los convulsionarios de Saint Medard, los Camisardos de las Cévennes, o las religiosas de Loudun han llegado a descubrir en ellos hechos evidentes de superchería e impostura que nada niega.

Pero, ¿son acaso esas historias el Evangelio del Espiritismo? ¿Han negado acaso sus partidarios que el charlatanismo ha explotado ciertos hechos; que la imaginación ha fraguado otros y que el fanatismo ha exagerado mucho? El Espiritismo no es solidario de las extravagancias que pueden cometerse en su nombre como la verdadera ciencia no lo es de los abusos de la ignorancia ni la verdadera religión de los excesos del fanatismo.

Muchos críticos juzgan al Espiritismo por los cuentos fantásticos y las leyendas populares que son puras y simplemente novelas imaginarias; pero esto es lo mismo que juzgar la historia por los dramas y novelas que se dicen históricos.

Dicen por último ¿Qué si ha salido un rayo de luz de entre las tinieblas que no haya podido con facilidad ser obra de un par de charlatanes? No ha salido un rayo de luz; han

aparecido mil y mil soles innumerables sistemas planetarios porque todas las grandes cosas tienen humildes principios y de los visionarios que se han entretenido en ver danzar las mesas, han salido esos locos sublimes, esos genios que el mundo llama sabios, esas lumbreras de la ciencia y del sentimiento, esos apóstoles de la razón, esos profundos deístas llamados

Allan Kardec, Pezzani, Flammarion, Víctor Hugo y tantos y tantos hombres ilustres cuyos nombres sería prolijo enumerar. Es inútil que se quieran oponer al eterno adelanto del titán de los siglos.

El progreso avanzará siempre, porque su destino es avanzar, y el Espiritismo es la síntesis del progreso, porque aspira a la regeneración de la humanidad. Su lema es hacia Dios por la caridad y la ciencia. Decía Hippel que la imaginación es el pulmón del alma y nosotros decimos que el Espiritismo es el pulmón de la eternidad.

¿Qué es el Espiritismo?

El Comercio de Barcelona, en su número 60, correspondiente al 29 de abril del año actual, dice en un pequeño artículo que consagra al ateneo libre: Anteayer inauguró sus tareas la sección de ciencias exactas poniendo a discusión el tema: Necesidades nosocomiales de Barcelona.

“Presidió el señor D. Manuel de Lasarte quien manifestó que el objeto de la sección debía ser el estudio y vulgarización de la ciencia que lucha en nuestro país con antiguas preocupaciones y con el grave inconveniente de que parece abandonar un fanatismo solo para caer en otro, para pasar de la Santa Inquisición al Espiritismo”

Mentira parece que hombres entendidos, que el mundo llama sabios, hablen de esta manera sin estudiar lo que dicen, sin conocer a fondo lo que menosprecian, pues basta que el Señor Lasarte pertenezca a una agrupación de librepensadores, para que nos merezca un buen concepto y nos sorprende profundamente que un hombre amante de la ciencia confunda la inquisición con el Espiritismo.

Quisiéramos comprender, ¿Qué conexión, qué punto de contacto tendrá la primera con el segundo? ¿Qué lazo podrá unir a la ignorancia del oscurantismo con el libre examen de la razón?

Aun cuando el Espiritismo fuera una locura, una utopía irrealizable, una verdadera alucinación, nunca sería responsable de los crímenes, de las crueldades, de los tormentos sin número que forman el abolengo de la Santa Inquisición, de aquel tribunal terrible, de aquel tirano de las conciencias, de aquel enemigo del progreso que le decía al hombre: Cree o Muere.

¿Viene acaso el Espiritismo a levantar derruidos altares? ¿Viene a aumentar la cohorte de santos de la Iglesia romana? ¿Viene a presentar un nuevo ídolo para fanatizar a las multitudes? ¿Viene a imponer dogmas y ritos y a declararse infalible? No y mil veces no; el Espiritismo no pretende ni destruir, ni edificar, es la consecuencia lógica del progreso y de la razón: Es el efecto de una gran causa; mas, como comprendemos que nuestra humilde voz no encontrará eco en la mente del señor de Lasarte, y deseamos que comprenda lo que es el Espiritismo para que no lo confunda con la ceguera lamentable de una religión positiva, copiaremos a continuación algunos fragmentos de la obra de Allan Kardec ¿Qué es el Espiritismo?, la cual dice en su preámbulo:

“El Espiritismo es a la vez una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Como ciencia práctica, consiste en las relaciones que pueden establecerse con los espíritus; como doctrina filosófica, comprende todas las consecuencias morales que se desprenden de semejantes relaciones, podemos definirle así: El Espiritismo es la ciencia que trata de la naturaleza, origen y destino de los espíritus, y de sus relaciones con el mundo corporal”.

¿Las anteriores líneas podrán enlazar directa o indirectamente esta escuela filosófica con la intransigente inquisición? En buena lógica, creemos que no. ¿En que se funda el señor de Lasarte para unir fraternalmente al fanatismo de ayer, con el análisis de hoy?,

De una razón si la tiene; que como dice Kardec en su obra antes citada (capítulo I, Diálogo primero, párrafo 18):

¿Que pensaría usted de un hombre que se erigiese en censor de una obra literaria sin conocer la literatura, de un cuadro sin conocer la pintura? Es principio de lógica elemental que el crítico debe conocer; no superficialmente sino a fondo el asunto de que habla sin lo cual su opinión carece de valor.

Para combatir un cálculo se ha de aducir otro; pero para ello es preciso saber calcular. La crítica no debe limitarse a decir que una cosa es mala o buena, es necesario que justifique su opinión en una demostración clara y categórica, basada en los principios del arte o de la ciencia. ¿Y cómo podrá hacerlo si los ignora? ¿Podría usted apreciar las excelencias o defectos de una máquina sin conocer su mecánica?

No; pues bien, su juicio sobre el Espiritismo, que no conoce, no tendrá más valor que el que emitiría sobre la indicada máquina. Será usted cogido a cada instante en flagrante delito de ignorancia; porque los que habrán estudiado el Espiritismo verán enseguida que usted está fuera de la cuestión; de donde deducirán, o que no es usted un hombre serio, o que no procede de buena fe. En uno u otro caso se expondrá a recibir un mentís poco agradable a su amor propio.

Repetimos lo que hemos dicho anteriormente; nos merece profunda respeto la asociación de librepensadores que componen el nuevo Ateneo, y sentimos que uno de sus miembros hable tan ligeramente de un asunto que no debe haber estudiado; pues estamos plenamente convencidos que si el señor de Lasarte hubiera leído las obras de Allan Kardec, de Pezzani, de Flammarion de Torres Solano y de otros autores que sería extenso enumerar, no diremos que se hubiera hecho espiritista pero no hubiese cometido la inexactitud de comparar la noche con el día, de enlazar a un pasado lleno de horror, un presente racionalista y esencialista.

El Espiritismo no viene a reanimar las muertas cenizas de las hogueras de la inquisición; viene a sembrar las semillas del adelanto, viene a repetir a los hombres las sublimes palabras de Jesús de Nazareth: Amaos los unos a los otros; viene a recordarnos el consejo de Sócrates: Conócete a ti mismo; viene a afirmar lo que dice Platón, que conocer no es otra cosa que acordarse y que esperemos lo que esperaba aquel sabio: La aparición de ese día que no tiene víspera ni mañana; viene a proclamar el principio filosófico de César Cantú, que decía: El porvenir no es nunca la repetición del pasado.

La inquisición de ayer decía en absoluto: Fuera de la Iglesia no hay salvación posible, el Espiritismo de hoy exclama: ¡Humanidad libre eres para creer; la razón derribó a los dioses, y hoy la razón es la diosa! Hacia Dios por la caridad y la Ciencia. Esta es la síntesis del Espiritismo.

Un voto de gracias

Sr. D. Vicente Monterola

La inquisición de ayer decía en absoluto: Fuera de la Iglesia no hay salvación posible, el Espiritismo de hoy exclama: ¡Humanidad libre eres para creer; la razón derribó a los dioses, y hoy la razón es la diosa! Hacia Dios por la caridad y la Ciencia. Esta es la síntesis del Espiritismo.

La escuela filosófica espiritista debe dar a usted un voto de gracias por haberse convertido en propagandista de la religión del porvenir, puesto que en varias ocasiones convierte usted los pulpitos de las iglesias católicas, en cátedras del Espiritismo; y como su elevada inteligencia no ha desdeñado estudiar detenidamente las obras de Allan Kardec; resultando de este estudio qué nos describe con minuciosos detalles las primeras nociones de la doctrina espírita.

No son los estrechos límites de un periódico político, lugar a propósito para escribir largamente sobre sus excelencias, pero como usted al propagarlo (inconscientemente se entiende) emplea cuantos recursos le sugiere su gran imaginación, para ridiculizarlo y presentarlo como un monstruo absurdo, diciendo repetidas veces que el Espiritismo nos conduce al escepticismo religioso y científico, no podemos pasar por alto semejante definición, y aunque muy a la ligera, creemos cumplir con nuestro deber diciéndole a usted que a pesar de su indisputable talento, padece de un grave error en su modo de apreciar el Espiritismo; asegurando qué fluctuamos sin saber dónde fundar nuestra creencia; y sin duda usted ignora qué también tenemos nuestro credo, del cual copiaremos algunos fragmentos para que usted pueda juzgar:

“Creemos en un solo Dios, inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas, infinito, incomprendible en su esencia, inmutable, inmaterial, omnipotente, soberanamente justo, bueno y misericordioso. Creemos que el hombre, una de sus criaturas, debe a Dios una adoración infinita,

Creemos que Dios ha hecho al hombre para que le comprenda y que le ame, gozando, cuando lo haya merecido, de la felicidad celeste, Creemos que Dios ha impuesto a la creación una ley inalterable: El Bien. Creemos que se debe adorar a Dios amando y practicando el bien, Creemos que para adorar a Dios no hay necesidad de templos ni de sacerdotes; siendo su mejor altar el corazón del hombre virtuoso, y su mejor culto una moralidad intachable.

Creemos que Dios no exige que el hombre profese determinada religión, sino que sea humilde, bueno, y sobre todo que ame a su prójimo como a sí mismo.

Creemos que entre todos los espíritus enviados a la Tierra con misiones divinas, Jesús el Nazareno, fundador del Cristianismo es quien ha enseñado la moral más pura, que consta en sus predicaciones contenidas en los Evangelios.

Creemos en la existencia del alma o espíritu, ser inmaterial, inteligente libre en sus acciones y estrictamente responsable de ellas ante Dios. Creemos en la inmortalidad del alma. Creemos que cada espíritu es premiado o corregido según sus obras.

Creemos que en el espacio hay infinidad de mundos habitados por seres pensadores sometidos como nosotros a la ley del progreso universal e infinito que conduce a Dios.

Creemos en la pluralidad de existencias del alma o lo que es lo mismo, en la encarnación del espíritu en mundos adecuados al estado de adelanto o de inferioridad en que se encuentre recorriendo así una escala progresiva en el camino de la perfección.

Creemos que la comunicación con los espíritus desencarnados es útil para la enseñanza de la humanidad porque revela al hombre sus futuros y eternos destinos y las leyes a que están sujetos teniendo por consiguiente un carácter moralizador en alto grado; consolador porque se garantiza al que sufre con paciencia un premio y a los espíritus que se aman reunirse en mundos mejores si lo merecen; científico porque revela al hombre multitud de acciones desconocidas de la Naturaleza que provocan los desencarnados al manifestarse; filosófico porque asienta a la Psicología sobre bases indestructibles y abre vastos horizontes a la inteligencia humana; y religioso porque demuestra la existencia de Dios, su justicia, su bondad, su poder y su sabiduría.

Creemos por último que el Espiritismo, como ciencia consagrada a tan trascendentales estudios está llamado a regenerar al mundo inculcando en el corazón del hombre las sublimes verdades que enseña.”

Ahora bien, ¿tienen base sólida nuestras creencias? creemos que sí; y que no puede caer en el escepticismo quien reconoce la existencia de Dios, quien comprende la vida eterna del espíritu, quien admite el progreso como ley universal, quien cree que la caridad es la religión del Ser omnipotente.

Tratando usted de sembrar la confusión en el ánimo de sus oyentes describe con elocuente lenguaje el caos donde se pierde la imaginación al preguntarse el hombre a si mismo ¿cuál es su verdadera vida, si cuando está despierto, o cuando está dormido?, puesto que dice Allan Kardec que el espíritu se emancipa durante el sueño del cuerpo a que está unido, y sigue en tanto que aquel reposa, los accidentes y peripecias de su vida extraterrena. ¿Cuándo vive aquí o allá? pregunta usted con vibrante acento; y nosotros le contestamos: Aquí y allá, señor de Monterola, porque la vida del espíritu no sufre interrupciones jamás, y no hay que apurarse ni confundirse pensando cual es la existencia positiva del alma. Esta vive siempre, demostrando su vitalidad cuando anima el cuerpo del hombre, cuando el sueño domina nuestra envoltura material, y cuando esta se disgrega volviendo sus átomos al laboratorio de la Creación Universal.

Tratando usted de confundir la doctrina de la reencarnación con la metempsicosis, dice usted que bien pudiera ser, que así como muchos espiritistas creen que el alma antes de animar a la raza humana vivificó a otras especies; creía usted muy lógico que si Dios viera que un hombre, no sabiendo resistir las luchas de la vida terrenal, se suicidara y volvía a encarnar, y volvía a morir violentamente; y tornaba otra vez a la Tierra, y de nuevo cortaba el hilo de sus días: viendo que no sabía progresar, nada de extraño tendría que Dios le obligara a descender y a vivificar otras especies en el reino animal, ya que en el hominal no podría vivir.

¡Qué Dios tan pequeño tiene usted señor Monterola! El Dios de los espíritus es más grande y más misericordioso. No crea para destruir; en Dios no se acaba la paciencia como en un hombre de la Tierra. ¡El alma de los mundos! ¡El que perfumó los lirios y le

dio la electricidad al rayo, le ha dado al hombre la eternidad por patrimonio, y la rebeldía de 3 existencias es menos que una gota de rocío perdida en los espacios!

Dice usted, repitiendo las frases de San Pablo que no se muere más que una sola vez. Los espiritistas no estamos conformes con esto, ni con usted ni con el santo, creemos firmemente, que no se muere ¡Nunca!

Desearíamos que, ya que se ocupa usted tanto del Espiritismo, no lo hiciera únicamente donde nadie le puede argumentar en contra ocupando la cátedra del evangelio, sino que descendiera un poco, y así como en otros tiempos iban los gladiadores romanos a lucir sus fuerzas en los circos, hoy que se han dulcificado las costumbres, los gladiadores de las ideas tenemos el palenque de la prensa donde en amistosa contienda podemos discutir; que de la discusión brota la luz.

No basta decir que el Espiritismo es un monstruo absurdo, es necesario demostrarlo. Usted dirá que lo demuestra en sus brillantes discursos, más hablar sin esperar una réplica es una victoria harto fácil, y por lo tanto sin gloria; y ya que usted, sin darse cuenta de ello, es uno de nuestros mejores propagandistas, y dice usted que ha tenido la generosidad (de la cual no se arrepiente) de conceder a la escuela espiritista la creencia del progreso eterno del alma, nosotros no queremos ser menos generosos que usted, y deseamos que no en un pulpito, donde se vence sin lucha, sino en el estadio de la prensa, revele usted las dotes de su claro ingenio y una a sus muchos lauros uno más.

Aclaraciones

Sr. D. Vicente Manterola.

Según parece, ha dado usted fin por ahora a sus conferencias sobre el Espiritismo sentando en absoluto el principio, de que Satanás, y sólo Satanás, es el que puede contestar a las evocaciones de los espiritistas. Supone usted gratuitamente, que nosotros pretendemos y aún aseguramos, que los Ángeles buenos son los que acuden a nuestro llamamiento. Usted dice que éstos no están a disposición del hombre, y en esto tiene usted muchísima razón, que en algo habíamos de estar conforme los espiritistas con usted, pero es una suposición como otra cualquiera el afirmar que nosotros estamos convencidos de que vendrá el espíritu que evocamos, y que éste será de categoría angélica, cuando en realidad lo que hacemos es pedir a los muertos la Verdad, sin recordar lo que dice usted “que las almas de los difuntos es imposible que se comuniquen, porque Santo Tomás de Aquino, en su gran libro Suma Teológica da convincentes razones, por las cuales queda demostrado, que las almas separadas de su cuerpo no pueden relacionarse con los terrenales”, y como los fenómenos espiritistas son una verdad (que ni aún usted se atreve a negarlo), ¿Quién los ha de producir? El demonio, ese eterno rival de Dios, esa segunda fuerza de la creación, ese Proteo de todos los siglos, ese mito de la aberración humana.

Oigamos lo que sobre el demonio dice Allan: Kardec, que tanta autoridad puede tener este librepensador como el autor de la Suma Teológica, pues uno y otro indudablemente han ido en pos de la verdad, con la sola diferencia de ser distinta la civilización de sus tiempos, pues en un siglo se decía: Cree o Muere, y en el otro se dice: Estudia y Analiza, más veamos la opinión de Kardec sobre el hijo de las tinieblas, en el Libro de los Espíritus:

131. “¿Existen demonios, en el sentido que se da a la palabra?” “Si hubiese demonios serían obra de Dios, Y ¿hubiera procedido éste con justicia y bondad creando seres consagrados eternamente al mal y a la infelicidad?”

Si, existen demonios, en tu mundo inferior y en otros semejantes es donde residen, y son esos hombres hipócritas que hacen de un Dios justo un Dios perverso y vengativo, esos hombres que creen complacerle con las abominaciones que en su nombre cometen”.

“La palabra Demonio, sólo implica la idea de espíritu malo en su acepción moderna, pues el vocablo griego Daimôn, del cual deriva, significa “Genio, inteligencia”, y se aplicaba a los seres incorpóreos, buenos o malos sin distinción de clase.”

“Los demonios, en la acepción vulgar de la palabra, suponen seres esencialmente maléficos que serían, como todas las cosas, creación de Dios (que es soberanamente justo y bueno), y no puede haber creado seres arrastrados al mal por su naturaleza y eternamente condenados. Si no fuesen obra de Dios, serían como Él eternos, o bien habría muchos poderes soberanos.

“La primera condición de toda doctrina es la de que sea lógica; y la de los demonios, en su sentido absoluto, falsea por esta base esencial. Se concibe que en la creencia de los

pueblos atrasados que, no conociendo los atributos de Dios dan cabida a las divinidades malélicas, se admitan los demonios; pero para todo el que acepta la bondad infinita de Dios como el atributo por excelencia, es ilógico y contradictorio suponer que haya podido crear seres consagrados al mal y destinados a hacerlo perpetuamente; porque equivale a negar su bondad.”

“Satanás es evidentemente la personificación del mal bajo una forma alegórica, porque no puede admitirse un ser malo, que lucha de potencia a potencia con la divinidad y cuya única ocupación es la de contrariar sus designios.”

Desengáñese usted, señor Manterola, la momia de las edades, el esqueleto del oscurantismo, el Luzbel de la fábula eterna, el legendario enemigo del progreso ha sido decapitado por la ciencia y la razón, y en honor del dogma católico, así como ha hecho usted desaparecer el infierno diciendo “que los espíritus existen donde estén, y no tienen este, ni aquel lugar determinado, están en todas partes, o mejor dicho, existen en todas partes, sin estar fijamente en ninguna, y las calderas de betún hirviendo, y los horrores de la mansión infernal no son más que alegorías.”

Del mismo modo, con el gran talento que a usted distingue, destruya la personalidad, la individualidad del yo del demonio, y cuando nuevamente propague usted el Espiritismo, queriéndole destruir busque otro asunto más apropiado a nuestra época, que se comunique con los espiritistas, ya que tiene usted inventiva para ello. El tiempo es oro, dicen los hijos de la Gran Bretaña, y es lástima que usted gaste su elocuencia diciendo que el Espiritismo es el satanismo, es una deducción demasiado vulgar para un hombre como usted; el siglo de la Hulla y del demonio son antitéticos.

Refiriéndose a la fatal influencia del Espiritismo sobre el orden moral de la Sociedad, dice usted con ardiente entonación: “¿Que se puede esperar de una escuela que asienta en principio que la indisolubilidad del matrimonio es una ley humana muy contraria a la natural? ¿Qué se puede deducir de semejante afirmación? ... ¡Ah! si desgraciadamente el Espiritismo impera en el mundo, da miedo pensarlo, hermanos míos, el caos en que vendríamos a caer”.

No se apure usted tanto, señor Manterola; el orden moral no está amenazado por los verdaderos espiritistas; y ya que cita usted la opinión de un espírita, el voto aislado de una inteligencia, debía usted también haber citado las líneas que anteceden en el Libro de Los Espíritus, de Allan Kardec:

695. “EL matrimonio, es decir; La unión permanente de dos seres, ¿es contrario a La ley natural?”

“Es un progreso en la marcha de la humanidad”.

696. “¿Qué efecto produciría en la sociedad humana la abolición del matrimonio?” “El regreso a la vida de los brutos”

“La unión libre y fortuita de los sexos es el estado natural. El matrimonio es uno de los primeros actos de progreso en las sociedades humanas; porque establece la solidaridad fraternal y se halla en todos los pueblos, aunque en diversas condiciones. La abolición del matrimonio sería, pues, el regreso a la infancia de la humanidad; y haría al hombre inferior hasta ciertos animales que le dan ejemplo de uniones constantes”.

No olvidemos nunca, señor Manterola, las razonadas frases de Jesús: “Dad a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar”.

Refiriéndose a las frases de San Pablo dice usted: Que si otro evangelizara doctrina distinta de la que habíamos aprendido anatema est.

Nunca la verdad puede ser anatema, nunca la luz, símil de Dios, puede servir para oscurecer las conciencias, nunca el trabajo de la razón será infructuoso para el engrandecimiento y el perfeccionamiento del espíritu. El hombre no ha sido creado para vivir como los topos, que por algo se le dijo a la humanidad: “Escudriñad las santas escrituras”.

Hablando del cielo y de la gloria eterna, dice usted con irónico acento: ¿Cuál será el paraíso de los espíritus que encuentran monótona la vida de los bienaventurados, que entonan sus alabanzas al Creador?

¿Qué harán ellos en su paraíso?" Bien claro lo demuestra Allan Kardec en EL Libro de los Espíritus, cuando dice:

967. “Que la felicidad de los espíritus buenos consiste en conocer todas las cosas; en no tener odios, ni celos, ni envidia, ambición, ni ninguna de las pasiones que hacen desgraciados a los hombres. El amor que los une es para ellos origen de suprema felicidad. No experimentan ni las necesidades, ni los sufrimientos, ni las angustias de la vida material, son felices por el bien que hacen. Por lo demás, la felicidad de los espíritus es siempre proporcionada a su elevación. Sólo los espíritus puros gozan de la felicidad suprema, es cierto, pero todos los demás no están desgraciados. Entre los malos y los perfectos hay una infinidad de grados en que los goces son relativos al estado moral. Los que no están bastante adelantados comprenden la felicidad de los que han llegado antes que ellos; aspiran a ella, pero siendo este un objeto de emulación, no de celos, saben que de ellos depende lograrla y con este fin trabajan; pero con la tranquilidad de la buena conciencia y son felices por no tener que sufrir lo que sufren los malos”.

Ya ve usted, señor Manterola, que el cielo, el paraíso de los espíritus es el progreso, es la ciencia, es el amor, es la caridad inmortal, es el trabajo indefinido en los innumerables mundos que pueblan el Universo, es la eternidad del yo, que irán siempre buscando la trinidad divina formada por la justicia, el amor y la ciencia que son los atributos de Dios.

Dice usted que el Espiritismo no ha venido a hacer ningún bien, y, o está en un error o aparenta estarlo. La esperanza es la eterna sonrisa de la Vida, y el que estudia y comprende la doctrina espírita, espera y confía, y el que espera y confía no puede ser nunca profundamente desgraciado y por consecuencia lógica, el Espiritismo tiene que haber enjugado muchas lágrimas. Tiene además en su abono que su advenimiento no ha hecho derramar ríos de sangre, como los han vertido las religiones positivas, que todas, absolutamente todas, han escrito su historia con el exterminio, la intolerancia, con la crueldad más horrible; díganlo sino las luchas que han sostenido los Albigenses, Valdenses, Husitas, Hugonotes, los Luteranos, Calvinistas, Harmonianos, Anglicanos, Puritanos y Cuáqueros, y la Iglesia Católica creando en Italia y en España el tribunal terrible de la inquisición. ¡Cuánta sangre en nombre de un Dios de Amor!

Gracias al cielo el Espiritismo no ha causado el martirio de nadie. Todas las ideas que tienden a consolidar el progreso, son combatidas, dígalos la historia de todos los descubrimientos humanos, y en Jesús tenemos la prueba más convincente. El regeneró al mundo, y el hombre, siempre ingrato, con la muerte pagó su abnegación. El Espiritismo es la luz del porvenir y justo es que los hombres traten de apagarla. Usted es uno de ellos, señor Manterota; pertenece a la escuela exclusivista e intransigente que no quiso mirar por el antejo de Galileo; pero sobre todas las aberraciones humanas, está el progreso, y la continuidad de los siglos, el curso natural e inevitable de los hechos; y, como dice muy bien Allan Kardec:

“Así como el microscopio nos descubrió el mundo de los infinitamente pequeños que ni imaginábamos, y el telescopio los millares de mundos, que tampoco sospechábamos, las comunicaciones espiritas nos revelan el mundo invisible que nos rodea, nos codea incesantemente y toma parte sin darnos cuenta de ello, en todo lo que hacemos. Dejad pasar algún tiempo, y la existencia de ese mundo que es el que nos espera, será tan incontestable como la del mundo microscópico y la de los globos sumergidos en el espacio.

¿Acaso es nada, habernos dado a conocer todo un mundo, el habernos iniciado en la vida de ultratumba? Ciertamente que semejantes descubrimientos, si así puede llamarseles, contrarían algún tanto ciertas ideas establecidas, pero ¿acaso todos los grandes descubrimientos científicos no han modificado igualmente y hasta trastornado las más asentadas ideas? ¿Y no ha sido preciso que nuestro amor propio se doblegase ante la evidencia?

Lo mismo sucederá con el Espiritismo y dentro de poco tendrá derecho de ciudadanía entre los conocimientos humanos”

Esto sucederá ciertamente a despecho de todos los dogmatismos, y en tanto llega ese día seguiremos los hombres cada uno defendiendo su ideal. La escuela católica tiene en usted un poderoso aliado, señor Manterota, la razón derribo a los dioses y la razón será únicamente la religión del porvenir.

“Los hombres son los depósitos de la Providencia; ésta no puede ser a la vez ingrata y generosa, sólo es grande siempre.”

Vuelta a empezar

Sr. D. Vicente Manterola.

Creíamos de buena fe que había usted terminado sus conferencias sobre Espiritismo, porque después de haber declarado que la doctrina espiritista era obra de Satanás, nos parecía que no había más que decir, pero usted, reanudando, o mejor dicho, prosiguiendo en sus notables discursos, sigue empleando toda su elocuencia en zaherir a la escuela espiritista.

Crea usted que sentimos la violenta contrariedad que se apodera de usted cuando olvidándose de lo mucho que vale emplea el insulto para convencer. La cultura del buen decir limpia, fija y da esplendor y cuando usted apostrofa e impreca a los espiritistas y los llama ladrones, sacrílegos, malvados, maliciosos, nefandos, hipócritas e impíos, y otras lindezas por el estilo, no nos parece usted en aquellos momentos el ministro del señor, sino simplemente un hombre que se impacienta como los demás, y un sacerdote de Cristo, debe ser más dulce, más persuasivo, más tolerante. Créanos, señor Manterola, usted es un hombre de grandes conocimientos, y no debe nunca, nunca descender al terreno del insulto para convencer.

Deje usted ese pobre e inútil recurso para las inteligencias vulgares, no sea usted ingrato con la Providencia que le ha concedido inspiración bastante, y memoria suficiente para engalanar sus discursos sin necesidad de proferir frases ofensivas. “No hay nada mejor que la moderación” decía Cleóbulo.

Lamente usted en buena hora haber nacido una hora más tarde, que verdaderamente es una desgracia haber venido a la Tierra en el siglo del vapor, un hombre que como usted quiere que vivan en todo su esplendor instituciones de pasados siglos, y eso es imposible, completamente imposible. “El porvenir no es nunca la repetición de lo pasado”, dice el historiador Cesar Cantú, y convengamos, señor Manterola, que es una verdad, usted hace esfuerzos de gigante, diciendo y tratando de probar que el Espiritismo es el non plus ultra de la impiedad contemporánea, que nos conduce al panteísmo, y después al ateísmo, que nosotros hemos formado de Cristo un ídolo para ofrecerlo a la adoración de los racionalistas, que somos tan hipócritas y tan falsarios que encubrimos nuestro materialismo con una falsa adoración.

¡Muy bien, señor Manterola! Usted cumple como bueno en la misión que se ha impuesto de ser el decidido campeón del pasado, pero será usted vencido, no por no saber luchar sino que le vencerá a usted el número de los innumerables adalides del progreso. En abril del año 1.957, publicó Allan Kardec, El Libro de los Espíritus, han transcurrido 21 años y en tan breve plazo noventa y dos (92) periódicos espiritistas dicen a la humanidad que es eterna la vida del espíritu. En inglés se imprimen treinta (30); en Inglaterra, Estados Unidos, Canadá y Australia. En español veintisiete (27), en España y repúblicas Hispano-Americanas. En francés, veinte (20), en Francia, Bélgica, Constantinopla y Alejandría (Egipto), seis (6) en italiano, tres (3) en portugués, cuatro (4) en alemán (siendo uno de los principales focos de esta propaganda la Universidad de Leipzig), uno en holandés y otro en griego. Ya ve usted, señor Manterola, que ante la verdad del número, no hay más remedio que conformarse y dejar hacer al tiempo.

Recuerde usted lo que dijo el Excmo. Señor don Antonio Canovas del Castillo, en la sesión del Senado del 12 de junio de 1876: “Si se pretende llevar a los tribunales a todos los que profesan doctrinas contrarias al catolicismo, fuerza es tener el valor de confesarlo, sería necesario perseguir a casi toda la ciencia moderna”.

Y es una gran verdad, por esto no son únicamente los espiritistas los que no están conformes con el dogma católico; es la gran mayoría de los hombres pensadores que buscan un más allá más en armonía con la ciencia y la razón.

Usted dice que cree cumplir un deber dando un grito de alerta desde la cátedra del Espíritu Santo, para que los católicos no se contaminen con la impiedad y el error moderno, y nosotros también creemos cumplir con una obligación, tratando, no de convencer a usted porque somos muy avaros del tiempo, y sabemos perfectamente que lo perderíamos queriéndole convencer de lo que usted está plenamente convencido; y por lo mismo que sabe usted la verdad del Espiritismo, por eso la combate con todo el ardor de un genio, con toda la pasión de su escuela, refractaria a la Luz y a la civilización Universal.

Por esto, no contestamos punto por punto a todas las acusaciones que hace usted al Espiritismo, porque nuestro trabajo sería inútil, pues bien sabido es, que no hay peor sordo que aquel que no quiere oír. Pero ya que usted tergiversa a su placer nuestras aspiraciones y nuestras creencias, ya que la multitud le oye a usted, justo es también nos oiga a nosotros y sepa como pensamos y en que creemos.

Le hemos brindado a usted con la discusión, y usted la rechaza, puesto que no desciende de su tribuna sagrada; desde ella, dice usted con tono de profunda satisfacción: ¡Ya estarán convencidos, hermanos míos! Y como en la Iglesia nadie puede pedir palabra, el silencio forzoso es un triunfo aparente para usted y en esta ocasión debemos repetir, el silencio es muy elocuente, pero en ciertas ocasiones el silencio no dice nada, y esto mismo sucede con el silencio que le rodea a usted.

¿Por qué no va usted al ateneo libre? “Forma la perla el agua que se agita, y el agua que se estanca forma el lodo.” Esto, dice Velarde, y es muy cierto. ¿Por qué no va usted donde se agita la juventud estudiosa? Un voto de aprobación o un respetuoso silencio de aquellas inteligencias ardientes, sería un triunfo legítimo para usted, más vencer sin lucha, es ceñirse la frente con laureles marchitos. No basta la predicación, es necesaria la discusión; pasaron los tiempos del misterio y del anatema, y la verdad se puede discutir libremente, ganando en estos pugilatos de la inteligencia aquel que no ponga diques al progreso del espíritu; mas ya que usted se contenta con tan pobre gloria, siga usted en buena hora predicando en contra (y en pro) del Espiritismo; y nosotros también continuaremos diciendo lo que creemos y lo que pensemos sobre el dogma del pasado y el dogma del porvenir. Veamos lo que sobre este asunto dice Mazzini en su libro: Del Concilio a Dios, del cual copiaremos algunos fragmentos por estar en un todo de acuerdo con él:

“La fe se apaga en los pueblos, porque el dogma que la inspiraba no corresponde al grado de cultura que, por designio de la Providencia, han conseguido aquellos.”

“El dogma católico perece; su cielo es demasiado estrecho para contener la Tierra. A través de sus bóvedas, por el camino del infinito, vislumbramos hoy más vastos

horizontes, inmensos mares, riellando en ellos los albores de un nuevo dogma. A su primera sonrisa, el vuestro se desvanecerá”.

“Vuestro dogma se encierra en dos palabras: Caída y Redención; el nuestro en otras dos: Dios y Progreso. Término de unión entre la Redención y la Caída, es para nosotros encarnación instantánea y a plazo fijo del hilo de Dios. Término para nosotros entre Dios y la Creación, es la encarnación progresiva de sus leyes en la humanidad, llamada a descubrirlas lentamente, y conquistarlas a través de un porvenir inmensurable, indefinido. Creemos en el espíritu, no en el hijo de Dios”.

“Y esa voz progreso significa para nosotros, no un sencillo hecho de historia y de ciencia, limitado tal vez a una época, a una fracción, a una serie de actos de la humanidad, sin raíces en el pasado, prenda de persistencia en el futuro, sino un concepto religioso de la vida radicalmente distinto del vuestro, una ley divina, una suprema fórmula de la actividad creadora, eterna, omnipotente, Universal como ella”.

“Creéis vosotros, en la resurrección del cuerpo, tal como era al abandonar la existencia terrestre; nosotros, en la transformación del cuerpo, que no es sino el instrumento ofrecido al trabajo de perfeccionarse según el progreso del Yo, y según la misión que debe seguir a la presente vida nuestra.

Todo para vosotros es finito, limitado, inmediato y petrificado en no sé qué inmovilidad que recuerda el concepto materialista; para nosotros, todo es vida, movimiento, sucesión, continuidad; nuestro mundo se abre por todos lados al Infinito. Vuestros dogmas humanizan a Dios, los nuestros tienden a divinizar lenta y progresivamente al hombre”.

“Vosotros creéis en la Gracia, nosotros en la Justicia. Creéis más o menos en la predestinación, que no es sino transformado, el dogma pagano y aristocrático de las dos naturalezas del hombre. La Gracia vuestra no es concedida a todos, ni conquistada con obras, pende del arbitrio divino y son pocos los elegidos. Para nosotros, Dios al crearnos, nos llama y el llamamiento suyo no puede ser impotencia ni mentira: La Salvación es para Todos. La Gracia como nosotros la entendemos, estriba en la tendencia y la facultad a todos concedida de encarnar nuestro ideal en la ley del progreso, que Dios coloca como bautismo imborrable en nuestra alma. Esa ley debe cumplirse; el tiempo y el Espacio nos pertenecen, para en ellos ejercitar nuestra libertad; podemos con nuestras obras concurrir o afrontar el cumplimiento de las leyes, multiplicar o reducir las pruebas, las luchas, los dolores del individuo; pero nunca eternizar, como vuestro dogma dualista, nunca dar la victoria al mal. Sólo el Bien es eterno. Sólo Dios vence”.

Dice usted que el Espiritismo conduce fatalmente al Panteísmo y explica la causa diciendo “que los panteístas creen como los espiritistas, que los espíritus son la individualización del principio inteligente, y que al dejar el cuerpo material con que permanecieron en la Tierra aseguran los panteístas que las almas se unen, se confunden en el gran todo Universal, ora después de una existencia, ora después de varias encarnaciones, y que los espiritistas, si bien creen que vivirán en diversos mundos, al fin es Lógico que se depuraran sus almas, que terminaran sus pruebas, que no habitarán en planetas de expiación, y conforme se vayan aproximando a ser espíritus puros, perderán

su doble envoltura de cuerpo y periespíritu, porque si este último lo toma en el fluido universal de cada globo cuando ya no les quede mundos en que habitar, y ese día llegará irremisiblemente, los espíritus despojados de todas sus vestiduras se confundirán en el todo, en Dios: Los espíritas no aceptan la eterna beatitud del espíritu, el éxtasis del amor divino, pues no aceptando esa existencia celestial a la terminación de su trabajo, tienen que volver al principio universal, a ser partes de su Dios y sabido es que vuestros dioses destruyen a Dios: Por esto queda probado que el Espiritismo es el panteísmo disfrazado”.

Y ¿de dónde deduce usted, Señor Manterola, que puede llegarnos el día que los espíritus no encuentren mundo donde trabajar y progresar indefinidamente? Usted dice que Allan Kardec violenta el sentido de los textos bíblicos para darles la interpretación que le conviene, y en esta ocasión ha visto usted la paja en el ojo ajeno y no ha visto la viga en el suyo. ¿Puede usted ni nadie asegurar el momento solemne que en la noche de los siglos dijo Dios “Hágase la Luz y fue hecha? Pues la misma imposibilidad existe para asegurar que los mundos tendrán fin. Usted encuentra lógica la teoría del límite, ¿quién limita lo escondido? Pregunte usted a la astronomía que es la mina inagotable del infinito, dígame a los sacerdotes de la religión sideral si tendrán fin los mundos, y

Flammarion le contestará: “LA VIDA se desarrolla sin fin en el espacio y en el tiempo, es universal y eterna; llene EL INFINITO con sus acordes y reinará por todos los siglos durante la inacabable Eternidad.

Esto creemos los espiritistas, y aunque usted, a viva fuerza quiere que tarde o temprano seamos panteístas, nosotros no podremos serlo jamás; puesto que creemos firmemente que el espíritu nunca pierde su individualidad, su yo pensante, su eterna voluntad, creemos en la eternidad de la vida, con su acción, con su movimiento, con su manifestación, con su trabajo, con su libertad, con su progreso ilimitado.

Nos creemos eternamente separados de Dios en el sentido de confundir nuestras facultades en él; absorbemos de él la vida; pero él nunca absorberá la nuestra, iremos en pos de él, en alas de nuestro adelanto infinito, pero siendo siempre individualidades responsables de nuestros actos.

Dice usted que para creer en Dios es necesario creer en la religión católica, y de no creer en ella confesarse ateo. Mucho decir es señor Manterola; la idea de Dios es innata en el hombre.

“Para creer en Dios, basta pasear la vista por las obras de la creación. El Universo existe, luego tiene una causa. Dudar de la existencia de Dios equivaldría a negar que todo efecto procede de una causa, y sentar que la nada ha podido hacer algo”. Esto dice Allan Kardec, y esto dicen la generalidad de los hombres pensadores.

Se puede ser profundamente religioso siendo únicamente deísta. Dios está por encima de todas las religiones positivas, y aunque usted asegura que los espiritistas, si no creemos en el dogma católico, por más que sea nuestro lema hacia Dios por la Ciencia y el amor, nos quedaremos sin Dios, sin ciencia y sin amor, nosotros estamos plenamente convencidos que cumplimos el precepto de la ley divina compendiada por Jesús en estos dos mandamientos: “Amar a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo”.

Adoremos en el alma de los mundos, a ese Dios inmutable y eterno que formó las violetas y las sensitivas y le dio al planeta Saturno su luminoso anillo nupcial, pareciendo que aquel lejano universo es una parte de la creación desposada con la eternidad.

¡Cuán grande es Dios! Si señor Manterola; rendimos culto a Dios, creyendo que la Caridad y la Ciencia son las celestes mensajeras del Divino Creador.

Usted dice, en un bellissimo pensamiento, que Jesús es el compendio de la teología moderna; para nosotros, es Jesús el compendio del Progreso, el emblema de la fraternidad Universal.

Vamos Siguiendo

Sr. D. Vicente Manterola.

Sigamos ambos nuestra tarea, usted su doble trabajo de CIMENTAR y destruir el Espiritismo, y nosotros haciendo algunas aclaraciones cuando vemos que usted en alas de su ardiente fantasía, desfigura las obras de Allan Kardec hasta el punto que nos cuesta trabajo reconocerlas.

No le seguiremos en el intrincado laberinto que sigue su gran inteligencia, exaltada por la pasión del sectarismo religioso a que está usted afiliado; y puesto que usted no se pone al habla, como dicen los marinos, que da usted conferencias sobre Espiritismo, pero no entra en discusión directa con la escuela espiritista, sería por tanto enojoso ir refutando sus palabras una a una.

Decía Casimir Perder “que sólo dando satisfacción a las revoluciones en lo que tienen de razonable, se adquiere el derecho de resistirlas en lo que tienen de injustas”; esta profunda verdad puede ser aplicada a las revoluciones morales o filosóficas, y como se dice de antiguo, que no hay libro malo que no tenga una hoja buena, no hay una institución que no tenga una base siquiera admisible: Mas, para usted el Espiritismo no tiene ninguna, pues es usted de una escuela tan descontentadiza y al mismo tiempo tan apegada a sus primitivas costumbres, que le pesa a la Iglesia católica lo que cuenta el vulgo del cura de cierto lugar, que no sabía decir misa más que en su misal. Para vosotros fuera del dogma católico no hay salvación. Usted dice: Eva fue la primera mujer, y María la segunda; Adán el primer hombre y Jesús el primogénito del Universo, el hijo de la eternidad. En el sentido filosófico de esta apreciación estamos conformes con usted. Jesús fue la encarnación del progreso en nuestros días. Él lo personalizó. El progreso es esencia de Dios, luego proviene de la eternidad, y Jesús, símbolo de la fraternidad Universal, es un enviado del ser omnipotente como lo fue Krishna en la India, muchos millares de años antes de que

Cristo viniese a predicar la buena nueva, que la semilla del amor divino fue arrojada en los surcos de esta Tierra muchos siglos ha, porque el devolved bien por mal del texto védico, es el Amaos los unos a los otros que pronunció Jesús.

Conociendo usted muy bien la vulgaridad de la gente, siempre está a vueltas con que si los espiritistas creemos que nuestros abuelos, o mejor dicho, nosotros mismos hemos animado a otras especies, y sentó usted un principio impropio de la cátedra que usted ocupaba, y el asunto serio que se debatía, diciendo que si los espiritistas creíamos que un mismo principio vital animaba al hombre y al mono, bien podía la mujer dar a luz un mono, y la mona a un hombre.

Si con esto quiso usted excitar la hilaridad, creemos que consiguió su objeto, porque solo risa merecen semejantes deducciones; pero como muchos de los que le escuchaban no habrán leído las obras de Kardec. Justo es que digamos que en su libro, La Génesis (capítulo XI. Génesis espiritual, Hipótesis sobre el origen del cuerpo humano, N° 15) hablando de una hipótesis sobre el origen del cuerpo humano, dice así:

“En vista de la semejanza de las formas exteriores que se advierte entre el cuerpo del hombre y del mono, han deducido ciertos fisiólogos, que el primero era transformación del segundo. Esto no es absolutamente imposible, sin que por haber sido así tenga que perder nada la dignidad de la especie humana.”

“Adviértase que aquí vamos discurriendo sobre una hipótesis, de ningún modo admitida como principio, sin otro objeto que el demostrar que el origen del cuerpo no perjudica al espíritu, que es el ser principal y que la semejanza entre los cuerpos del hombre y del mono, no supone la semejanza ni mucho menos la paridad entre el espíritu del hombre y del mono”.

Ya ve usted, señor Manterola, como su epigrama es obra puramente suya. Los creyentes del progreso avanzamos un poco más.

Dice usted que no hay moralidad fuera del dogma católico, y como la escuela espiritista no la acepta, la moralidad del Espiritismo es nula.

La historia de la religión católica es obra de los hombres, como lo han sido las demás religiones, pero el amor a Dios, el culto, la adoración, la idolatría del alma que siempre se ha prosternado ante algo infinito que ha presentido, contemplando las maravillas de la Creación, esa aspiración suprema, ese latido del corazón del Universo que ha hecho vibrar eternamente el cerebro de todas las humanidades, es el dogma divino escrito en la conciencia del hombre, ¡Dogma sublime! ¡Dogma eterno!, ¡grabado en las capas geológicas de la Tierra y en los millares de soles que iluminan los mundos del espacio!

Nosotros admitimos todas las religiones como elementos sociales para el progreso del hombre; pero cuando estas se detienen y niegan la ciencia y se estacionan diciendo no hay más allá, y nosotros vemos los albores de otra nueva aurora coloreando los horizontes del infinito, entonces seguimos nuestro camino acatando el dogma del progreso, que es ir hacia Dios por la Caridad y la Ciencia.

Dice usted que decía San Agustín que en tiempo del paganismo los hombres se amaron tanto a sí mismos, que menospreciaron a Dios; y que al advenimiento de la religión cristiana, los hombres amaron tanto a Dios que se despreciaron a sí mismos, y que este era el verdadero amor. No lo comprendemos nosotros así, si el hombre se desprecia, desprecia la obra de Dios. No parece lógico que las humanidades sean creadas para anonadarse en un éxtasis místico.

¿Qué hacen las demás especies? Todas trabajan, todas tienen su plan de vida admirable, sirviendo de útil ejemplo las hormigas, las abejas, los castores y tantos otros industriales con que cuenta la naturaleza; y ¿la raza humana que se proclama imagen de Dios para adorarle ha de permanecer inactiva? Esto no es lógico, y donde no hay lógica no hay razón.

Dice usted: ¿Qué hará la caridad de los espiritistas fuera del dogma católico? ¿Cuál es su caridad? ¿Cuál? Amar al prójimo como a nosotros mismos, y el día que el Espiritismo sea la creencia general, no solamente por virtud, sino hasta por egoísmo, mejorarán muchas instituciones benéficas, que hoy bajo el dogma católico arrastran una existencia lánguida y penosa.

Lamenta usted en tono dramático que el Espiritismo venga a echar por tierra el cuarto mandamiento de honra a tu padre y a tu madre, porque como los espiritistas no creemos deber a nuestros padres más que la envoltura material, que es como si dijéramos una capa que nos sirve para ir desde nuestra casa a la del vecino, y luego la dejamos, y vamos siguiendo nuestra eterna vida, los lazos de la familia para nosotros no existen, y hemos venido a desatarlos queriendo trastornar el orden social. ESTO lo dice usted, y nosotros le decimos que Kardec, en su libro El Evangelio según el Espiritismo (capítulo XIV, Honra a tu padre y a tu madre, Piedad filial, N° 3) dice hablando de la piedad filial: “El mandamiento Honra a tu madre y a tu padre, es una consecuencia de una ley general de caridad y de amor al prójimo, porque no se puede amar al prójimo sin amar a su padre y a su madre; pero la palabra honra encierra un deber más sagrado respecto a ellos: El de la piedad filial.

Dios ha querido manifestar con esto que al amor es preciso añadir el respeto, las consideraciones, la sumisión y la condescendencia, lo que implica la obligación de cumplir respecto a ellos, de una manera aún más rigurosa, todo lo que la caridad manda con respecto al prójimo. Este deber se extiende, naturalmente, a las personas que están en lugar de padres, y que por ello tienen tanto más mérito cuando menos obligatoria es su abnegación. Dios castiga siempre de un modo riguroso toda violación de este mandamiento”.

“Honrar a su padre y a su madre, no es sólo respetarles, es también asistirles en sus necesidades; procurarles el descanso en su vejez, rodearles de solicitud como lo han hecho con nosotros en nuestra infancia”.

“Desgraciado, pues, aquel que olvida lo que debe a los que le han sostenido en su debilidad, a los que con la vida material le dieron la vida moral, a los que muchas veces se impusieron duras privaciones para asegurar su bienestar; desgraciado el ingrato, porque será castigado con la ingratitud y el abandono, será herido en sus más caros afectos, algunas veces desde la vida presente, y más ciertamente en otra existencia, en la que sufrirá lo que ha hecho sufrir a los otros”.

Después de lo expuesto por Kardec sólo le diremos nosotros: que los que no conocen el Espiritismo suelen decir nadie escoge padre ni patria; pero los espiritistas, como sabemos muy bien que cada cual escoge padre y patria, miramos en nuestros padres los instrumentos preciosos de nuestro progreso. No es el padre el que busca al hijo; es el hijo el que viene a pedirle hospitalidad a la madre, y miramos en ellos nuestra tabla salvadora. A usted se le figura que se amengua el amor porque se dilata 1ª familia; está usted en un gravísimo error; el amor es como el sol, su calor, puede ser Universal.

Dice usted queriendo atemorizar las conciencias, que los espiritistas no aceptamos 1ª indisolubilidad del matrimonio y a esto le contestamos lo que hemos dicho en nuestras ACLARACIONES, que Kardec en su Libro de Los Espíritus, ítem 696, asegura “que la abolición del matrimonio en la sociedad humana, sería el regreso a la vida de los brutos”. Ahora bien; ¿se deduce de esta terminante afirmación que los espiritistas admitamos el adulterio y la disolución social? Creemos que no, señor Manterola; apreciamos y conocemos lo que viene de Dios, y lo que el hombre ha impuesto según se han ido sucediendo las civilizaciones, pero respetando y comprendiendo que sin la más

estricta moral, no hay progreso; y como el hombre de la Tierra es aún muy imperfecto, necesita una ley obligatoria que le haga cumplir con su deber, que debía ser natural.

Dice usted en son de mofa. Pues si los espiritistas no admiten a Jesús como divino Redentor, que nos digan para qué vino Cristo a la Tierra.

Lo mismo lo sabe usted que nosotros señor Manterola; vino para echar a los mercaderes del templo, y ya que tanto ha leído usted las obras de Kardec, recuerde lo que dice en su libro El Evangelio según el Espiritismo (capítulo I, Yo no he venido a destruir la ley, Cristo, N° 3 y 4) refiriéndose a Jesús:

3. “Jesús no vino a destruir la ley, es decir, la ley de Dios, vino a darle cumplimiento, esto es, a desarrollarla, a darle su verdadero sentido, y a apropiarla al grado de adelantamiento de los hombres...”

4. “La misión de Jesús no fue simplemente la de un legislador moralista, sin más autoridad que su palabra; vino a cumplir las profecías que anunciaron su venida, recibía su autoridad de la naturaleza excepcional de su espíritu y de su misión divina, vino a enseñar a los hombres que la verdadera vida no está en la Tierra, sino en el reino de los cielos; a enseñarles el camino que conduce a ella, los medios para reconciliarse con Dios, y hacer presentir la marcha de las cosas futuras, para el cumplimiento de los destinos humanos”.

Dice usted, señor Manterola, que la pluralidad de existencias del alma es un absurdo, que basta con esta vida, con esta vida sola, y luego tras de ella vendrá el reposo perpetuo o la condenación eterna...

Es un porvenir demasiado pequeño, señor Manterola.

Dice usted, con gravedad enfática, que Dios y la naturaleza dan lo necesario, nunca lo superfluo: y ahora preguntamos nosotros: Pues si no hay más vida que la de este mundo, si sólo a la Tierra descendió el mismo Dios ¿a qué este lujo de planetas que tan superfluamente ruedan por el espacio? ¿Qué hace el gigantesco mundo de Júpiter con sus cuatro satélites y Saturno con su octava de mundos, que le siguen como si fueran los pajes de aquel rey del Universo, coronado con la diadema esplendida de su sistema anular? ¿Para qué Urano? Según la ciencia esos lejanos universos giran, tienen vida propia y únicamente

¿La Tierra ha sido el lugar PRIVILEGIADO para venir Dios a hablar con los hombres? Entonces este planeta es mucho más notable de lo que nosotros pensamos, mas, veamos como lo aprecia Flammarion, y que posición ocupa la Tierra entre los demás globos que ruedan el éter.

Los vecinos de Mercurio ven en nuestro mundo una estrella de primera magnitud. Los de Venus consideran nuestra Tierra como una estrella de primera magnitud muy luminosa. Los selenitas admiran nuestra región, y tiene para ellos tanta luz a media noche como la que pudieran prestarle catorce lunas llenas; pero ante los guerreros de Marte va perdiendo su soberanía el planeta Tierra, pues para ellos sólo es la brillante estrella de la tarde algo más pequeña de lo que nos parece Venus.

Para los habitantes de Júpiter nuestro globo es débil estrella de la mañana y de la tarde, y puntito negro que pasa todos los años por delante de su sol; para los moradores de Saturno nuestro mundo es casi invisible, un punto telescópico que pasa cada quince años por delante de su sol; y los hijos de Neptuno no saben siquiera que existimos los terrenales, le es completamente desconocido el planeta Tierra, ¿y usted se contenta, señor Manterola, con vivir únicamente en esta aldea de la creación? Nosotros no somos tan ingratos como usted con la Providencia, y absorbemos con santo arrobamiento los torrentes de vida que arroja el raudal inagotable del infinito diciendo con Flammarión:

“¡Yo os saludo, vastas llanuras de las Tierras celestes! ¡Salud, montañas sublimes, valles solitarios! ¡Salve, soles divinos en vuestro ocaso! ¡Y vosotras, profundas y gratas armonías de la noche estrellada, salud! ¡OH! , ¡Perfumados paisajes de la primavera, brillantes radiaciones del estío, melancólicos follajes del otoño, nieves silenciosas del invierno, vosotros todos existíais en esos mundos como en el nuestro y la vista humana os contempla allá lejos como en nuestra terrestre mansión! ¡Salve a ti, ¡OH! divina Naturaleza, madre eternamente joven, dulce compañera de nuestros goces, confidente íntima de nuestros corazones! Tú eres la misma en todas partes; tu belleza ilumina al Universo; y nosotros nos complacemos dejando reposar en tu seno el vuelo palpitante de nuestros pensamientos”.

Dice usted que al hombre es más lógico creer que sufre en la Tierra por el pecado de su primer padre, que no porque venga a pagar deudas atrasadas de sus anteriores existencias, Ahora bien: si nuestra herencia es el pecado y todos hemos de sufrir ¿por qué ha sido usted dotado de una clara inteligencia poseyendo además el don de la oratoria, pudiendo cautivar cuando quiere, la atención de sus oyentes. Y otro hombre hermano de usted puesto que también es hijo de Dios, nace sordo, mudo y ciego, y aquel infeliz tiene inteligencia, sabe sentir y su vida es un tormento sin nombre, y con el mismo pecado de origen, usted es tan feliz, y aquel tan desgraciado...? ¡Ah, no! señor Manterola. Dios no puede ser injusto y la injusticia es palmaria admitiendo como causa de nuestro sufrimiento el pecado de Adán. Si una sola causa es la causa de las torturas del hombre, debían ser idénticos todos los efectos.

Como en tono de acusación, dice usted, Allan Kardec afirma que el Espiritismo no viene a destruir ninguna religión ni a luchar con los cultos establecidos; que es una escuela filosófica que brinda con su estudio a todos aquellos que no tengan fe bastante para seguir esta o aquella doctrina religiosa. Ahora bien: Pues si no desean sobreponerse ni imponerse a nadie ¿por qué escriben, por qué propagan? Por dos

(2) razones muy poderosas, señor Manterola. La primera porque seguimos el consejo de Jesús: No dejando la antorcha debajo del celemín, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa, y segundo porque usted, interpretando las obras de Kardec a su antojo, presenta el Espiritismo como una doctrina desmoralizadora, subversiva que ataca la unión de la familia, que no respeta los deberes constituidos, y que llegaría a ser la perdición de la sociedad; y como eso no es cierto, como el Espiritismo es la ampliación del cristianismo, como hasta es la escuela filosófica que mejor comprende la grandeza de Dios, su amor y su justicia, por esto es un deber sagrado, dar a cada uno lo suyo. La voz suya es potente, la nuestra es humilde,

pero para decir la verdad, hasta los niños sirven; por esto nosotros no titubeamos en proclamar el Espiritismo como la religión del porvenir, cimentada en la trilogía eterna.

¡Dios!, ¡Amor!, ¡Ciencia!, tres nombres distintos refundidos en uno solo: ¡Dios! Usted llama a Kardec impío; nosotros nunca le diremos a usted nada que pueda ofenderle; creemos que todos los hombres están en su derecho defendiendo su ideal, pero sin menospreciar el de otro.

En el mundo caben todas las ideas, señor Manterola; no se afane usted en destruir el Espiritismo; su obra asemejaría a la fábula de aquel niño que con su pequeño vasito sacaba agua del mar, queriendo secarle, y se impacientaba porque veía que mientras más agua sacaba, más le quedaba; a cuantos quieren derrumbar el Espiritismo, les sucederá lo que al niño de la fábula.

Dice Laurent, y es una gran verdad: “Que la Tierra gira y lleva consigo en su movimiento a aquellos mismos que la creen inmóvil”.

Explicaciones

Sr. D. Vicente Manterola.

Principiamos nuestra serie de artículos dándole a usted UN VOTO DE GRACIAS por su activa propaganda espiritista; y seríamos muy ingratos si no le reiteráramos nuestro agradecimiento, porque en media del totum revolutum de acusaciones (injustificables) y de injurias que nos suele dirigir, cuando el hombre deja de ser sacerdote, cuando usted se olvida por un instante del plan que se ha propuesto, entonces exclama con acento reposado, con este tono convincente que usted posee en tan alto grado:

“Creedlo, hermanos míos: los fenómenos espiritistas son una verdad, una innegable verdad; yo no debo acusar a los espiritistas de buena fe de que cometan una superchería, no; y un efecto inteligente acusa una causa inteligente. Se ven hombres sin instrucción ninguna que dominados por los espíritus hablan distintos idiomas; otros propinan remedios a los enfermos y algunas veces se obtienen curaciones notables; mas ¡ay, hermanos míos! ¡Todo esto es obra del demonio, convénzanse los espiritistas!, que al evocar a los muertos el que acude a su llamamiento es Luzbel. Por la envidia de Satán, entró la muerte en el mundo. El Espiritismo es el satanismo”.

Esta conclusión, como usted comprende (por más que diga y afirme lo contrario), no puede convencer más que a un reducido número de ancianos y niños y a algunas pobres mujeres completamente ignorantes. ¿Quién cree hoy en la existencia del demonio? Los hombres han leído mucho; hay un libro que usted llamara herético, pero que encierra grandes verdades, y se titula Roma y el Evangelio, del que recordamos que en su tercera parte (El infierno no es eterno, El diablo personal no existe) hablando del infierno y del diablo, dice así: “Increíble parece que pueda haber; en el último tercio del siglo diecinueve, quien sostenga en nombre del cristianismo la eternidad de las penas del infierno, y hable en serio de la existencia personal del diablo, que tanto prestigio alcanzó en la Edad Media, en los tiempos del hierro y las hogueras, merced a la ignorancia de los pueblos y a la supremacía envolvente y aterradora de la casta sacerdotal. Increíble parece que aún despidan siniestros fulgores las hornillas infernales, alimentadas por un dogma anticristiano y ateo, y subsista el pleito homenaje tributado al aventurero fantástico que armados de sendos cuernos y cubierto de una escama impenetrable, a guisa de infernal escudo, supo encadenar y avasallar por el terror; durante siglos y siglos, los pueblos acogidos a la sombra de la bandera evangélica.

Increíble parece, y sin embargo es la verdad: Aún hay hombres que en nombre de Cristo maldicen a otros hombres...”

“Dejad ya la pez y el azufre, y las tenazas y los hornos de plomo derretido, porque con ellos blasfemáis de Dios, y profanáis la doctrina de Cristo. El Evangelio es el amor; y vosotros nos habláis el lenguaje de la venganza. Vosotros establecéis odiosas divisiones en la Tierra y en los cielos, y el Evangelio hace a todos los hombres hermanos iguales en el amor de Dios. O predicad la paz y la caridad como Jesús os enseñó, y practicad el amor; como Cristo practicó, o dejad de llamaros sacerdotes de la religión cristiana”.

Créanos usted, señor Manterola, el diablo ha hecho su tiempo, como dicen los franceses cuando hablan de una cosa anticuada, y cuando dice usted que Tertuliano no concebía la bienaventuranza eterna, sin los tormentos eternos; y que la condenación sin límites era

el mejor atributo de la grandeza de Dios; sobre todos los sabios teólogos de pasadas épocas, está el tiempo, ese gran indiscreto como le llama Mory, que ha ido revelando paulatinamente a los hombres la verdad, y los sacerdotes del progreso han podido decir lo que dice Kardec en su libro La Génesis (capítulo XVIII, Los tiempos han llegado, Señales de los tiempos, N° 15) hablando de las consecuencias y aspiraciones del Espiritismo: “La fraternidad debe ser la piedra angular del nuevo orden social. Pero no hay fraternidad real, sólida y efectiva sino está fundada sobre una base inquebrantable.

Esta base es la fe; no la fe con tales o cuales dogmas particulares que cambian con los tiempos y con los pueblos y que se excluyen y luchan entre si anatematizándose y fomentando las divisiones y el antagonismo; sino la fe en principios fundamentales que todo el mundo puede aceptar: Dios, el alma, la vida futura. **EL PROGRESO INDIVIDUAL INDEFINIDO, LA PERPETUIDAD DE LAS RELACIONES ENTRE LOS SERES.** Cuando Los hombres se convenzan de que Dios es el mismo para todos los seres, que ese Dios soberanamente justo y bueno no puede querer nada injusto; que el mal procede de los hombres y no de Dios; entonces estarán más dispuestos a considerarse como hijos de un mismo padre, y se estrecharán la mano en señal de amor mutuo y desinteresado afecto”.

“Esta es la fe que da el Espiritismo y que será en lo sucesivo el eje cardinal del movimiento del género humano, cualesquiera que sean el modo de adoración y las creencias particulares, que el Espiritismo respeta, pero de las cuales no tiene que ocuparse”.

En el mismo libro (capítulo, XVIII. Los tiempos han llegado, Señales de los tiempos, N° 20) dice así hablando de los principios que sienta la doctrina espirita:

20. “No dice, de ningún modo, fuera del Espiritismo no hay salvación, sino que con Jesucristo afirma, que sin caridad no hay salvación; principio de unión y tolerancia que puede unir a los hombres en un sentimiento común de fraternidad y mutua benevolencia, en vez de dividirlos en sectas enemigas”.

“Con este otro principio, no hay fe inquebrantable sino la que puede mirar a la razón cara a cara en todas las edades de la humanidad, destruye el imperio de la fe ciega que prescinde de la razón y se impone por la obediencia pasiva que embrutece; ese principio emancipa a la inteligencia del hombre y enaltece su moralidad.”

En cuanto a lo que usted dice, que los espiritistas están afiliados a sociedades secretas, entre ellas la temible de los solidarios, y que nuestro jefe es Garibaldi y el lema de nuestro escudo Roma o muerte, siendo nuestro empeño total que los moribundos no reciban los últimos sacramentos... ante tales disparates, el hombre más serio ha de reír; y le aconsejamos a usted, señor Manterola, que para combatir una escuela filosófica cual es el Espiritismo, no elija nunca recursos del género bufo, porque la escuela de Arderius ha hecho su tiempo como lo hizo Satanás.

Afortunadamente, (hasta ahora) los espiritistas no han hecho políticos ni hombres de partido; aman el orden y la paz dentro de una ley que no menoscabe los derechos del hombre; y en la guerra fratricida que últimamente ha diezclado a los españoles, no han ido los espiritistas a matar a sus hermanos en nombre de Dios, como desgraciadamente

fueron muchos ministros del Altísimo, y por un rey de la Tierra olvidaron el quinto mandamiento del rey del Universo. ¡Mandamiento sublime! que dice: ¡NO MATARÁS!

Siguiendo la rutina de los demás, asegura usted que los manicomios son el paraje donde terminan sus días la mayor parte de los espiritistas. Usted bien sabe que no es así; porque tiene usted talento suficiente, y ha leído bastante y con aprovechamiento; y es imposible que un hombre instruido admita los absurdos de la vulgaridad de las gentes; pero a muchos de sus oyentes que no estarán en tan buenas condiciones como usted, les aconsejamos que lean: La defensa del Espiritismo, opúsculo escrito por el vizconde de Torres-Solanot, y publicado en Madrid en el año actual. En dicho libro hay notas curiosísimas sobre los Manicomios de los Estados Unidos y en la clasificación de las causas que han producido la enajenación mental resulta, que en diciembre del año 1.876, existían 30.000 enfermos faltos de razón, en 87 asilos de los Estados Unidos: Quinientos treinta (530) por excitación religiosa, y setenta y seis (76) por el Espiritismo. En el mismo libro, pagina 35 copia Torres-Solanot, un fragmento de una carta que le dirigió el director del Manicomio “Nueva Belén”, don Juan Giné y Partagás. De dicho fragmento, copiaremos las últimas líneas:

“En más de un sitio de mi obra he dicho que las ideas reinantes no son las causas productoras de la locura, sino que ellas dan frecuentemente el color y tono de delirio; así, pues, el Espiritismo, según mi opinión, no está demostrado que haya robado la razón a nadie, hasta el presente, aumentando el número de alienados, sino dando lugar a que los enfermos de trastorno mental presentasen, formas de delirio análogas a las del Espiritismo”.

Ya ve usted, señor Manterola, que si la teología acusa al Espiritismo de producir la locura, la ciencia freno-patológica no se atreve a tanto. Dice usted que el Espiritismo ha venido a aumentar considerablemente el número de los desgraciados suicidas. Veamos lo que sobre el suicidio dice Kardec en su Libro de los Espíritus:

944. “¿Tiene el hombre derecho a disponer de su propia vida?”

“No, sólo Dios tiene ese derecho. El suicidio voluntario es una trasgresión de la vida”.

945. “¿Qué debe pensarse del suicidio que tiene por causa el hastío de la vida?”

“¡Insensatos! ¿Por qué no trabajan? ¡Así no les hubiera sido un peso la existencia!”

948, “EL suicidio que tiene por objeto evitar la vergüenza de una mala acción. ¿Es tan reprehensible como el causado por la desesperación?”

“EL suicidio no borra la culpa y antes al contrario, hay dos a falta de una. Cuando se ha tenido el valor para hacer el mal, es preciso tenerlo para sufrir las consecuencias. Dios juzga, y según la causa puede a veces disminuir sus rigores”.

950. “¿Qué debemos pensar del que se quita la vida con la esperanza de llegar más pronto a otra mejor?”

“¡Otra locura! Que haga el bien y tendrá más seguridad de llegar porque, el suicidio, retarda su entrada en un mundo mejor; y él mismo pedirá volver a concluir esa vida que ha interrumpido en virtud de una idea falsa, una falta, cualquiera que ella sea, no abre nunca el santuario de los elegidos”.

956. “¿Los que, no pudiendo sobrellevar la pérdida de las personas que les son queridas, se matan con la esperanza de reunirse con ellas, logran su objetivo?”

“El resultado es muy diferente del que esperaban, y en vez de reunirse con el objeto de su afecto, se alejan de él por más tiempo, porque Dios no puede recompensar un acto de cobardía, y el insulto que se le hace dudando de su providencia. Pagarán ese instante de locura con pesares mayores que los que creían abreviar; y no tendrán para compensarlos la satisfacción que esperaban”.

“La religión, la moral, todas las filosofías condenan el suicidio como contrario a la ley natural; todos nos dicen en principio que no tenemos derecho a abreviar voluntariamente nuestra vida, pero ¿Por qué no lo tenemos? ¿Por qué no es libre el hombre de poner término a sus sufrimientos? Estaba reservado al Espiritismo demostrar; con el ejemplo de los que han muerto, que no sólo el suicidio es una falta como infracción de una ley moral, consideración de poco peso para ciertos individuos, sino que es un acto estúpido, puesto que nada se gana y antes se pierde. No nos enseña la teoría, sino que presenta ante nosotros los hechos”.

Creemos que las líneas anteriores no inducen a que los conocedores del Espiritismo se suiciden y hay además otros libros de Kardec, como El cielo y el infierno, donde se encuentran útiles lecciones que apartan al hombre más desesperado de la idea del suicidio; y es una manía como otra cualquiera el creer que el estudio del Espiritismo conduzca a la locura y al crimen. Ya hemos dicho en algunos artículos nuestro credo, y hoy de nuevo lo condensamos en las líneas que siguen:

“Creemos en la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma, en la preexistencia y en las reencarnaciones”.

“Creemos en la pluralidad de mundos habitables y habitados”.

“Creemos en el progreso indefinido, en la práctica del bien y el trabajo como medio de realizarlo”.

“Creemos en las recompensas y expiaciones futuras, en razón de los actos voluntarios, rehabilitación y dicha final para todos”.

“Creemos en la comunicación universal de los seres, comunicación con el mundo de los espíritus, probada por los hechos que son la demostración física de la existencia del alma”.

“Creemos que debemos ir hacia Dios por el amor y por la ciencia, y tener fe racional, esperanza y resignación y caridad para todos”.

¿Puede este credo conducirnos al mal, señor Manterola? Usted dirá que sí, que es el credo de Satanás; pero nosotros creemos que es el de la razón.

Usted lamenta los trabajos hechos por el demonio, y dice usted que él inspiró a Lutero y a Calvino y a todos los reformadores para derrumbar la Iglesia católica; pero al nombrar los enemigos del dogma cristiano, dogma que le da a la vida proporciones tan microscópicas, se ha olvidado usted de sus principales adversarios que, sin mala intención, inconscientemente han dado un mentís científico al cielo, al infierno y al purgatorio; Galileo con su catalejo, Mr. Lerebours con su anteojo y William Herschel

con su telescopio, les han dicho a los hombres: ¡Mirad!, antes de ayer se conocían cincuenta millones de estrellas visibles; ayer ese guarismo ascendió a setenta y cinco; hoy se ha aumentado la cifra y cien millones de estrellas le hacen exclamar a Flammarion:

“¡Cuántos enigmas tienen en reserva esos puntos de interrogación que se ciernen sobre nuestras cabezas!”

Créanos usted, señor Manterola: La ciencia es la que protesta contra esa CAMISA DE FUERZA que en todos los tiempos le ha puesto la Iglesia romana al hombre, ¡La ciencia es la que ha creado todas esas reformas; y la astronomía! ¡Esa sacerdotisa de Dios! ¡Ese oráculo del infinito! ¡Esa Sibila de la verdad! Es la que ha murmurado en nuestros oídos un verso de Ovidio, hemos dicho como el poeta: ¡El cielo está abierto, tomemos posesión de él!

Con los ojos cerrados

Sr. D. Vicente Manterola.

Le seguimos a usted escuchando con sumo placer, pues vemos que sus notables discursos sobre el Espiritismo son cada vez más explícitos y más ricos en detalles, repitiendo continuamente que los fenómenos espiritistas son un hecho y que muchos de ellos han sido la desesperación de los sabios, porque estando fuera del alcance de las leyes naturales hasta ahora conocidas, la imaginación se perdía en un mar de conjeturas.

El milagro se hacía; más, ¿Por quién era producido? Usted, señor Manterola, no ha perdido el tiempo en cálculos y observaciones; ha cortado el nudo gordiano diciendo sencillamente: ¡Católicos! ¡El diablo! ¡El mono de Dios, como le llamaban Tertuliano y San Agustín! queriendo imitar a su Señor y prevaliéndose de su naturaleza angélica, con la cual puede disponer de fuerzas y elementos completamente desconocidos del hombre, es el autor de los prodigiosos fenómenos del Espiritismo.

Él y Sólo él; que Dios permite a Satanás que impere entre los hombres hasta un término dado; más no creáis por esto que su poder podrá nunca contrarrestar al de Dios; que antes bien todos los hechos del

Espiritismo, producidos únicamente por el demonio, servirán algún día para glorificar al Eterno Padre. Entonces, señor Manterola, ¿por qué lanza usted su anatema contra el Espiritismo? Si usted reconoce que esta escuela filosófica (y para usted satánica), será un día el órgano de alabanza y de glorificación que más enaltezca al Ser omnipotente, deja usted que los espiritistas se las arreglen con el demonio, y diga usted como San Ignacio de Loyola: “El fin justifica los medios”. Si en el transcurso del tiempo el Espiritismo ha de servir para probar una vez más la grandeza de Dios ¿a qué combatirlo? ¿A qué estigmatizarlo? Digamos como Quevedo, que dijo contemplando las triples rejas de los conventos: “Si rejas para que votos, si votos para que rejas”

¡Ah, señor Manterola!, puede creer que le compadecemos profundamente. Usted está como

Tántalo, viendo el agua y sin poderla beber. Su espíritu es más grande que la escuela a que está afiliado. Usted ve la luz, y tiene que retroceder a las tinieblas; por esos sus conferencias son un oleaje de palabras y una marejada de pensamientos, pero sin orden fijo. En el océano de su imaginación calenturienta hay una tempestad de ideas más grandes que su voluntad. Por eso dice usted con acento profético: ¡Hermanos míos!, el Espiritismo ha realizado sorprendentes fenómenos, y aún le quedan muchos más que hacer, porque el Espiritismo (aquí entra el sacerdote) es el DRAGÓN de los últimos días que nos anuncian las santas escrituras, es el anticristo, es el reino del mal, es la levadura de los antiguos magos, es la fermentación de las pasiones; escuchad, hermanos míos, escuchad lo que dijeron los espíritus en una sesión que se celebró en Roma el 11 de junio de 1.862: “El admirable médium de efectos físicos Daniel Douglas Home, hombre realmente extraordinario, puso sobre la mesa Los pequeños ídolos de barro que trajo de la India. La fuerza de los espíritus hizo chocar los ídolos uno contra otro y se rompieron en mil pedazos, escribiendo después un médium: “Como nosotros hemos

derribado los ídolos, derribad vosotros en la Tierra la idolatría del rango, de la fortuna, de la inteligencia y del yo”, ¿A qué tiende esto, hermanos míos? a la desorganización social”.

Le interrumpimos en su brillante peroración para recordarle que la letra mata y el espíritu vivifica, y el sentido parabólico se presta a grandes errores y a falsas interpretaciones. Además en la Tierra, sin atacar el orden social, hay religiones positivas que tienen el rango y la fortuna de príncipes, que presumen de una gran inteligencia y su yo es infalible; más, sigamos escuchando a usted y conste que una opinión aislada como la de ese espíritu que usted cita, nada implica en la marcha digna e inofensiva de la escuela espírita.

Dice usted. Para mí el Espiritismo es la nodriza que ha de amamantar a ese monstruo de dos cabezas, el socialismo y el comunismo. ¿Cuál será la última palabra de los espiritistas? Bien podrá ser la de ¡Abajo los soberanos!, porque si bien el socialismo y el reparto de bienes no está bien declarado en las obras de Kardec, con todo, hermanos míos, bien se puede adivinar cuando habla Allan Kardec de las riquezas.

Veamos, señor Manterola, lo que dice ese impío como usted le llama, en su Libro de los Espíritus:

808. “¿La desigualdad de riquezas no tiene por origen la desigualdad de facultades que da a unos más medios de vivir que a otros?”

“Si y no, ¿Qué me dices de la astucia y del robo?”

811. “¿Es posible la igualdad de riquezas? ¿La absoluta igualdad, ha existido en alguna ocasión?”

“No, no es posible. La diversidad de facultades y caracteres se oponen a ello”. Hay, sin embargo, hombres que creen que este es el remedio de los males de la sociedad. ¿Qué pensáis sobre el particular?

“Esos tales son sistemáticos o ambiciosos celosos, y no comprenden que la igualdad que sueñan sería muy pronto destruida por la fuerza de las cosas. Combatid el egoísmo, que es vuestra plaga social y no busquéis quimeras”.

812. “¿Si la igualdad de riquezas no es posible, sucede lo mismo con el bienestar?”

“No, pero el bienestar es relativo, y cada cual podría disfrutar de él, si os entendiérais... porque el verdadero bienestar consiste en el empleo del tiempo a gusto de cada uno; y no en trabajos que no son de su agrado, y como cada cual tiene aptitudes diferentes, ningún trabajo útil se quedaría por hacer. Todo está equilibrado, y el hombre es quien quiere desequilibrarlo”.

Conociendo usted, sin duda, señor Manterola, que leyendo las obras de Kardec todos sus argumentos terroríficos caen a tierra, confunde usted el Espiritismo con la secta de Whirtrams. Cita usted su obra: El Evangelio eterno y repite una especie de proclama en que aquel arenga al pueblo diciéndole que pronto llegara su día de venganza, y que el hierro y la sangre igualarán a todas las clases de la Tierra, que no habrá mío ni tuyo, que todos los poderes caerán y que los herederos del tercer testamento recibirán su herencia; que Whirtrams ha sido más famoso que Kardec, y que el Espiritismo es la perpetua

amenaza del bien material de la sociedad, y prueba de ello son los terribles atentados de Alemania, España e Italia contra la sagrada persona de sus respectivos soberanos.

Lástima es, señor Manterola, que ya que usted lee tanto, y tantas cosas recuerda, respecto de los espiritistas, que no nos repitiera lo que decía el suplemento a El Buen Sentido que se publicó en Lérida, el 27 de octubre último en el cual, el decidido espiritista don José Amigo y Pellicer, en nombre de los espiritistas, dice así:

“La Redacción de El Buen Sentido, en nombre propio y de las doctrinas filosófico-religiosas que sustentan, protesta contra el reciente atentado de que ha sido objeto Su Majestad el Rey don Alfonso XII.

Creemos interpretar con este acto el sentimiento de todos nuestros suscritores que no lo serían si no se inspirasen en la más acrisolada justicia, a la par que un profundísimo respeto hacia Los Poderes constituidos”.

“Nuestro ideal es la síntesis del derecho, de la fraternidad, de la libertad, del orden, del progreso, así en el orden material como en el moral, y a este nobilísimo límite de nuestras aspiraciones no se llega por el crimen; por lo mismo, no transigirá nunca con él la escuela a que nos gloriamos de pertenecer. Nos congratulamos de que se haya frustrado el criminal atentado; compadecemos al delincuente, por la tenebrosa aberración de que ha sido víctima; y hacemos votos porque el sentimiento cristiano y una sólida educación, despojada de todo fanatismo, inicien pronto en la Tierra el reinado de la justicia, que será el del derecho y el deber”.

Todos los extremos son viciosos, señor Manterola; usted arroja piedras al Espiritismo con tan mala suerte, que muchas de ellas vuelven de rechazo y le hieren. ¿No ve usted que es ilógico acusar al Espiritismo de que fomente el socialismo y el comunismo? Si, el verdadero espírita sabe perfectamente que la USURPACIÓN no existe sino en pequeñas proporciones en la Tierra, y que el hombre al venir al mundo pide su posición social que le sirve de prueba terrible, ya de mejoramiento, o bien para llenar una gran misión. Si nosotros no circunscribimos la vida aquí, si sabemos positivamente que el mendigo de hoy puede ser el monarca de mañana, si creemos que a cada uno le darán según sus obras, ¿Cómo hemos de consentir que nos confundan con los muchos visionarios y utopistas que ha tenido la humanidad? La escuela espírita racionalista no se cree heredera de ningún testamento, para ella no hay más testamento que los hechos de cada uno. El criminal heredará la desgracia de sus vicios, y el hombre honrado la consideración social, y la tranquilidad de su conciencia.

Dice usted, ¿cómo borrarán los espiritistas la miseria de la Tierra? Con la caridad, señor Manterola, con la caridad bien entendida, no quitándole al poderoso lo que se ganó con su actividad o heredó de sus mayores, porque esto sería un robo; pero haciendo recordar a los que emprenden grandes empresas, que hay muchísimos pobres que se mueren de hambre y frío, y si para levantar un templo u otro edificio análogo se habrán de emplear veinte millones, construído con la mitad del precio, y los diez millones restantes emplearlos en un hospital bien acondicionado, ora en casa para obreros, que viven infelices en tugurios sin las condiciones más precisas que prescribe la higiene.

Dice usted que el Espiritismo condena el trabajo, y esto lo dice usted con tono lamentable ¿Y acaso, señor Manterola, hay nada más noble que el trabajo? Si este es la

riqueza de la humanidad, veamos lo que sobre este asunto dice Kardec en su Libro de Los Espíritus:

674. “La necesidad del trabajo es una ley de la Naturaleza. El trabajo es una ley natural por lo mismo que es una necesidad, y la civilización obliga al hombre a mayor trabajo porque aumenta sus necesidades y sus goces”.

676. “¿Por qué es impuesto el trabajo al hombre?”

“Es consecuencia de su naturaleza corporal, una expiación y al mismo tiempo un medio de perfeccionar su inteligencia. Sin el trabajo, el hombre no saldría de la infancia de la inteligencia y por esto sólo a su trabajo y actividad debe su subsistencia, la seguridad y su bienestar. Al que es débil de cuerpo. Dios le da en cambio la inteligencia, pero siempre es trabajo”.

Ya ve usted, señor Manterola, como no es ninguna condena el trabajo, y volviendo al punto capital que usted tanto debate, sepa una vez más que el verdadero espiritista no espera la regeneración del mundo por la venganza y el exterminio. Si no hay derecho de venganza, si el hombre es el que se traza la órbita de donde gira ¿de quién se ha de vengar? Habría de empezar por sí mismo, Veamos como Kardec cree que se verificará la transformación moral de este planeta. En su libro “La Génesis” (capítulo XVIII. Los tiempos han llegado. La nueva generación. N° 26) dice así:

“La Tierra al decir de los espíritus, no debe ser transformada por un cataclismo que aniquile súbitamente una generación. La generación actual desaparecerá gradualmente y la nueva le sucederá del mismo modo, sin que haya perturbación alguna en el orden natural de Las cosas”.

“Todo pasará, pues, a la vista como de ordinario, con la sola diferencia indicada, pero esta diferencia es capital. Los espíritus que se encarnaban en ella, no se encarnarán ya; y en cada niño que nazca, en vez de un espíritu atrasado e inclinado al mal que habría encarnado, vendría un espíritu más adelantado e inclinado al bien”.

“Se trata, por lo tanto, menos de una nueva generación corporal que de una generación de espíritus; de modo que los que esperan ver verificada la transformación por efectos sobrenaturales y maravillosos, se verán defraudados”.

Ya ve usted, señor Manterola, como los espiritistas no despojaremos a nadie, ni por nosotros está amenazado el orden social. No venimos a destruir, sino a tolerar, queremos que vivan todas las religiones, todas, porque todas son buenas al principio; pero no creemos justo que se levante la Catedral cristiana con las piedras de las derruidas mezquitas, que tanto derecho los musulmanes para adorar a su Alá, como los católicos para rendir culto a su Dios.

Libertad de pensamiento, libertad de conciencia y respeto al poder constituido, sea el que sea. Por lo demás, señor Manterola, la escuela católica puede estar satisfecha de usted, que violentando el sentido de los conceptos, y deduciendo a su antojo y pronunciando palabras que vibran, que despiertan a los más indiferentes, presenta usted el Espiritismo como el principio, como el germen de la revolución universal.

Dice Cesar Cantú que en las vías de la humanidad el mismo error ayuda al progreso y es una gran verdad. La iglesia católica empuja a los hombres pensadores a que estudien el Espiritismo, porque al lanzarle su anatema emplea dos argumentos que falsean en su base, y usted el primero que asienta un principio absurdo, diciendo que el pasado responde siempre del porvenir. Lea usted la historia, señor Manterola. Ayer la Iglesia le hizo negar a Galileo que la Tierra se movía; y hoy el padre Secchi ha sido uno de los astrónomos contemporáneos que más ha estudiado el Sol.

¿Respondía la intransigencia que tuvieron con Galileo, de la tolerancia que tuvieron después con el padre Secchi, que ha dejado trabajos notabilísimos sobre las manchas solares? Creemos que no, señor Manterola. Si los vegetales buscan la luz ¿han de ser los hombres los eternos ciegos del mundo? No puede ser, es imposible; y aun a pesar nuestro seguimos la brújula del progreso, como la sigue usted, que colocado entre el AYER y HOY quiere usted condensar las sombras sobre la generación presente, y usted mismo disipa las nieblas para que irradian con toda su magnificencia los vivificantes rayos del sol de la verdad. ¿Qué argumentos emplea usted para combatir el Espiritismo? Que el diablo es su agente ¡pobre recurso!, es demasiado vulgar para ser atendido. Qué los espiritistas amenazamos el orden social; ¿Cómo o cuando, señor Manterola? Cite usted el nombre de nuestros guerrilleros; de nuestros grandes políticos,

¿Dónde están? Sepámoslo, no basta decir, es necesario demostrar con hechos, y para prueba de nuestras costumbres religiosas vea usted los detalles de un duelo espiritista del cual se ocuparon los periódicos de Madrid y de provincias, entre estos últimos la Gaceta de Barcelona, Dice así el suelto: “Y ahora que la cuestión de los duelos está a la orden del día, me parece oportuno referir una nueva especie de desafío propuesto hace algunos meses por una persona que no dudo en nombrarla, puesto que se trata de un acto que le honra. Esta persona es el señor vizconde de Torres-Solanot, jefe o presidente de los espíritas españoles”.

“Fuera parte de ciertas extravagancias del culto exterior, creo que el Espiritismo tiene algunos principios muy racionales y piadosos como una de las escuelas más puras del deísmo idealista. Los espiritistas no admiten el duelo. Vengamos al Caso. Ocurrió una cuestión desagradable entre el hijo de una opulenta caritativa duquesa y el referido vizconde; aquél envió a este un cartel de desafío. El señor vizconde de Torres-Solanot lo aceptó, pero en esta forma; o el lance propuesto era a primera sangre o a muerte. En el primer caso, en vez de acudir al terreno, cada uno con un arma para acreditar un valor estéril, debía cada uno emprender una gran obra de caridad que impusiera verdadero sacrificio; el establecimiento de un asilo, por ejemplo, la educación de los huérfanos...

Los padrinos después de realizado el acto, estaban llamados a decidir quién había vencido. Si el duelo era a muerte, los desafiados debían ir a un punto donde reinara una epidemia, y cuidar a los contagiados y a los moribundos hasta que uno de los dos sucumbiera víctima del azote. O si este no era aceptado, acudir a la primera guerra que ocurriera (entonces duraba la de Oriente) librar del servicio a un soldado que tuviera familia, y batirse hasta que uno de los dos contendientes quedara en el campo”. “El hijo de la duquesa no aceptó.”

¿Son estas las señales que anuncian nuestro poder exterminador, señor Manterola? No le diremos a usted por esto que todos los que conocen el Espiritismo sean espiritistas,

del mismo modo que todos los que han adorado a Jesús no le han seguido ni le han imitado. ¿Cómo iban Cristo y sus apóstoles por la Tierra? con el humilde sayal del pobre.

¿Cómo han vivido y viven los vicarios de Jesucristo? Revestidos con la ostentosa púrpura y el blanco armiño, habitando marmóreos palacios; por esto, no responde el espiritismo, de lo que podrán hacer los falsos espiritistas, así como no se ha oscurecido la gloria de Jesús con el humo de las hogueras de la Santa Inquisición, que tantas y tantas víctimas ha sacrificado en nombre del Salvador del mundo.

Mas la voz de aquellos mártires no se extinguió al esparcir el viento la ceniza de sus cuerpos calcinados, la onda sonora guarda su vibración y la repite de siglo en siglo, y hoy aquellos cuerpos resucitados, les preguntan a los teólogos católicos ¿Que habéis hecho vosotros durante tantos siglos? ¡Responded!...

Han hecho lo que usted, señor Manterola, que nos dice con apasionado acento: ¡Hermanos míos! ¿Queréis ser felices? ¿Queréis vivir tranquilos? ¡Pues venid a la Iglesia católica con los ojos cerrados! Bien dice una elevada inteligencia: “Para abrazar muchas religiones es preciso cerrar los ojos y cruzar los brazos; para abrazar el Espiritismo es preciso extender los brazos, y abrir los ojos”.

Las Cataratas de la ignorancia las ha operado el progreso, y son muchos los ciegos de entendimiento que hoy tienen vista. Usted nos invita a cerrar los ojos del alma, y nosotros le decimos: Mire usted la Creación, señor Manterola. La maga de los tiempos modernos, ¡La ciencia! nos ha traído una nueva religión. ¿Quiere usted conocer a un anacoreta y a un pontífice?

Pues bien, acérquese a un telescopio de gran potencia, de esos que pueden acercarnos los astros a 2.000 veces su distancia y verá la luna y admirará ese mundo que parece el monje de nuestro sistema solar con su negro manto y su blanca túnica, con su cielo de ébano, sin una nube, sin un celaje. Ese mundo ha hecho voto de silencio; faltándole atmósfera, no tiene ondas sonoras y parece verdaderamente un anacoreta de la Creación; después más lejos, mucho más lejos... ved al supremo pontífice Saturno, ¡con su anillo episcopal y su tiara de mundos y sus ricas y esplendidas vestiduras de arco iris!...

¡Ah señor Manterola, y aún pide usted que cerremos los ojos para adorar a Dios!, ¿Qué son las catedrales de la Tierra comparadas con las basílicas del espacio? Menos que la parte infinitesimal de un átomo.

La Naturaleza es el templo gigante de Dios y adoramos a Dios en la Naturaleza. ¡Por esto, para contemplar las maravillas celestes, no queremos adorar al Eterno en el círculo microscópico de una religión positiva, que dice a los hombres: Venid a mí con los ojos cerrados!

Nosotros, ávidos de luz, queremos que la luz nos envuelva en los resplandores del infinito.